

ISLAM, ISLAMISMO Y OCCIDENTE

Aijaz Ahmad (article publicat al Socialist Register 2008)

Hoy en día podemos considerar que las políticas de identidad son, en el más amplio sentido de la palabra, casi una norma; llegan a nosotros bajo diferentes disfraces, ya sea a través de la ejecución de políticas públicas, o de teorías y análisis políticos, ya sea a través de la derecha, de la izquierda, o del centro liberal. El culturalismo, o la visión de que la cultura es la instancia primera y determinante de la existencia social, es un subproducto de este identitarismo, y dondequiera que política y religión se retroalimenten una a la otra, religión deviene sinónimo de cultura y cultura de religión. Así, se puede postular, por ejemplo, una diferencia constitutiva entre el Islam y la cristiandad en lo que refiere a las posibilidades de una política igualitaria en sus respectivos ámbitos, mientras que las más duras formulaciones geopolíticas pueden llegarnos desde la derecha disfrazadas de un discurso sobre la religión, la cultura y la civilización.

Países donde los musulmanes eran mayoría y denominados por ello “países musulmanes” tan solo una década atrás, son ahora denominados “Países islámicos”, pasando así de una suave nomenclatura de simple descripción demográfica a otra mucho más dura que se centra en la estrecha cuestión de las creencias religiosas. Sin embargo, entre los musulmanes, estos dos términos son considerados distintos. Para la mayoría de ellos, ser musulmán significa básicamente el hecho de haber nacido en una familia musulmana, o, en el mejor de los casos, haber nacido en una subcultura musulmana dentro de una cultura nacional más extensa (Egipcia, Nigeriana, libanesa o la que sea); mientras que la religión, incluso como observancia, es vivida entre ellos como uno de los muchos ingredientes que conforman una identidad social compleja, y ésta es siempre específica, y precisamente por ello está profundamente ligada a una lengua, a una religión, a unas costumbres, y a una clase; la observancia religiosa, si se da, permanece como algo local y personal. Esta musulmanidad subcultural es contextual, está profundamente conformada por la historia, la geografía, la política, y por la multitud de ritmos de la vida material. Ser un musulmán hablante del Bengali en el estado indio de Bengala occidental no es lo mismo que serlo en una barriada de Bangladesh; afecta decisivamente el ambiente inmediato.

La dimensión religiosa de esta existencia subcultura musulmana puede reflejarse a partir de una particularidad sectaria e ideológica: los chiíes o los suníes, por ejemplo, o a partir de varias subsectas entre los chiíes, o de las más puritanas subsectas entre los suníes, como la wahhabí o la Ahl-e-Hadith. O incluso puede reflejarse a partir de esos otros que pudieran sentirse inclinados hacia alguna tendencia transgresiva de la tradición sufi, o incluso de aquellos que se sienten inclinados a un nacionalismo secular, al comunismo, al agnosticismo, al ateísmo, etc., a pesar de lo cual se sienten, en esencia, como parte de una subcultura musulmana (pero no islámica).

Indonesia es el mayor país musulmán, y para la gran mayoría de sus habitantes, la cultura del día a día refleja notables influencias del hinduismo, , y en algunos lugares, incluso del Budismo.

India alberga la segunda mayor población de musulmanes en el mundo, y hay exhaustivos volúmenes de investigación publicados por *Anthropological Survey of India que* demuestran que los musulmanes que viven en cualquiera de las regiones del país (por ejemplo Kerala en el sur, Bengala occidental en el este, Uttar Pradesh en el norte), comparten más del 80% de sus prácticas culturales diarias con sus vecinos hindúes en

esas mismas regiones; en cambio, comparten muy pocas con musulmanes de regiones distantes dentro del país; con sus lejanos correligionarios, comparten algunos protocolos de oración y un temor común al comunismo mayoritario hindú que ha sumergido al país bajo su dominio político.

Bangladesh, la tercera comunidad musulmana del país, se formó hace menos de 40 años a partir de un movimiento nacionalista que rechazaba la idea de que una religión común era un fundamento suficiente para construir un estado-nación (“la idea” de Pakistán).

Los islamistas se opusieron a la creación de Bangladesh, de la misma manera que la mayoría del clero se opuso a la de Pakistán, por toda una serie de razones, en 1947. La emergencia de un terrorífico movimiento islamista es un fenómeno reciente, y en gran medida forma parte de la mundialización de la militancia armada islamista, que fue creada en sus inicios por la administración Carter para la yihad anticomunista en Afganistán.

Estos ejemplos ilustran cuán políticamente motivado, históricamente contingente e ideológicamente ficticio puede resultar la creación de tales identidades religiosas y culturales.

Tanto el ecuménico Islam popular de Indonesia; como la diversidad de subculturas musulmanas

en la secular y multireligiosa India; junto a las excentricidades del “nacionalismo musulmán” que proporcionaron la justificación ideológica para la creación de Pakistán; y la incoherencia del nacionalismo lingüístico de los paquistaníes orientales, la cual llevó a la creación de Bangladesh como una nación secular, todo ello, indica cuán engañoso es adscribir a una vaga islamicidad inherente una política o cultura. Referirse a todos esos pueblos como “islámicos” es ignorar la especificidad y novedad del Islamismo en general; plantear una hiperislamicidad de los pueblos musulmanes es sucumbir a la idea, propagada tanto por la derecha religiosa como por los orientalistas, de que la religión es el elemento constitutivo de una cultura, y por tanto, también, de su existencia social y destino político.

Islam, islamistas y Occidente convirtiendo sociedades en islámicas: de Afganistán a Irak.

La acusación de los fundamentalistas islámicos contra esos países es precisamente que no son islámicos porque sus estructuras legales, sus normas sociales, sus sistemas educativos predominantes su cultura popular, etc., son manifiestamente no islámicos. De ahí los proyectos de islamización: ellos son musulmanes pero deben convertirse en islámicos. Para los fundamentalistas suníes, Irán es no islámico por la sencilla razón de que es predominantemente chií. Para la oposición neowahhabí, de la cual tantos miembros saudíes de Al Qaeda han surgido, ni la Casa de Saud ni el establishment clerical que la legitima pueden denominarse islámicos; Arabia Saudí debe ser recuperada para el auténtico Islam. Más adelante retornaré a los orígenes históricos de este fenómeno. Aquí será suficiente decir que el rasgo distintivo de los diferentes grupos islamistas que empezaron siendo tan prominentes en varios países desde mediados de los setenta en adelante, era que virtualmente ninguno de ellos tenía relación o conexión alguna, crecieron dentro de su ambiente nacional y persiguieron transformar su propio estado nacional.

(La principal excepción dentro de estos movimientos sería el Ikhwan al-Muslimun, “los Hermanos Musulmanes”, que se inició en los años 20 como un fenómeno específicamente egipcio, pero que tras ser reprimido por Nasser durante los años cincuenta, fue subvencionado por algunos regímenes del Golfo y gradualmente llegó a

ser un fenómeno panárabe, con ramificaciones en varios países.) Esto podría aplicarse también al grupo neowahhabí en Arabia Saudí, que saltó a las páginas de la prensa internacional cuando capturó la mezquita de la Meca en noviembre de 1979; también a varios grupos islamistas en Egipto que llegaron a conocerse colectivamente como Jamaa'at el-Islamiyya y cuya acción más espectacular en este período fue el asesinato de Sadat y del General Zia ul Haq, el dictador militar que inició el proceso dirigido por el Estado de islamización de Pakistán. Los Estados Unidos, naturalmente, habían sido un incondicional apoyo del régimen Saudí a pesar de su autocracia Wahabí, pero también habían respaldado sistemáticamente a los islamistas de varios países, que se oponían al comunismo y al nacionalismo secular radical desde el inicio de la doctrina Truman.

El logro singular de la administración Carter fue agrupar miembros de muchos de estos grupos, de países tan diversos como Indonesia y Argelia, Filipinas, Sudan, por no hablar de Egipto y Arabia Saudí, y organizarlos como una única fuerza de combate equipada, financiada y bien entrenada contra el comunismo en Afganistán mucho antes, de hecho, de cualquier intervención directa de los soviéticos (algo que nos confirma el entonces consejero nacional de seguridad de Carter, Brzezinski) para arrastrar a la Unión Soviética al conflicto.¹

La mayor parte del lo que ahora es denominado como 'terrorismo islámico' o incluso 'islamofascismo', aunque no todo, es consecuencia de lo anterior.

La República Islámica de Irán nació aproximadamente durante el mismo periodo, aunque tuvo un proceso bastante independiente, pero pronto fue arrastrada por la más amplia dinámica regional debido a toda una serie de presiones: la invasión de Irán por Sadam, la invasión israelí del Líbano, la afluencia de refugiados afganos a Irán, etc.

Hezbollah en Líbano era y continúa siendo independiente de los 'árabes afganis' (como llegó a denominarse a los yihadistas árabes reclutados por la CIA para Afganistán); la infiltración de estos elementos en algunos campos de refugiados en Líbano es un fenómeno reciente al que Hezbollah se opone. Los partidos islámicos en Pakistán tienen un antiguo origen, pero la yihad afgana, dirigida desde territorio pakistaní, los catapultó desde sus marginales posiciones en la sociedad paquistaní al mismo centro, con inmensos recursos materiales y organizativos a su disposición; jugaron un rol clave en la formación ideológica de los Talibanes.

Incluso cuando la Yihad afgana estaba desarrollándose, alguno de sus miembros estaba infiltrándose en otras regiones, como Cachemira, las entonces repúblicas soviéticas predominantemente musulmanes de Asia central, Chechenia, Bosnia y demás.

Las consecuencias a largo término de esta estrategia estadounidense no fueron únicamente que, cuando esos experimentados cuadros fueron desmovilizados al concluir la yihad afgana, eran libres para crear caos en sus respectivos países; pues también mantuvieron una informal red de contactos, la cual es ahora conocida como Al Qaeda.

Los orígenes del término 'Al Qaeda' son oscuros. Se dice que originalmente hacía referencia a la contabilidad que se llevaba durante la anticomunista yihad afgana, para llevar un control de los nombres, asignaciones, etc., del contingente de yihadistas que habían sido reunidos provenientes de numerosos países extranjeros. Osama bin Laden no era ni mucho menos un líder destacado de este amplio grupo y nadie puede sugerir de un modo plausible que el grupo permaneciera como un grupo cohesionado, con una dirección central tras la dispersión de sus miembros y los subgrupos al final de la yihad. El propio Afganistán sufrió una sangrienta lucha entre los diversos grupos de muyahidines que EUA había instalado en el poder, y estos mismo grupos fueron

derrocados por la nueva fuerza de los Talibán. El país no podía haber permanecido como un lugar central consistente para dirigir un fenómeno tan amorfo y globalmente disperso, a pesar del refugio que los talibanes dieron a Osama. De hecho, los talibanes estaban más preocupados en estabilizar su propio dominio que en librar una yihad mundial.

Al Qaeda es como mucho una laxa red de grupos de afinidad con enlaces mutuos muy débiles, a pesar de que las invasiones de Afganistán e Irak, sin duda, han contribuido a una gran expansión de dichos grupos, así como de numerosos agentes libres, auto denominados mártires o sedicentes mártires

La enorme publicidad que los *mass media* pronorteamericanos les dieron como 'luchadores por la libertad' les confirió una legitimidad y aura mundial. Se tiende a olvidar que los yihadistas islámicos que fueron reunidos por EUA en Afganistán fueron llamados 'los muyahidines' (aquellos que dirigen la yihad), y que cuando sus líderes visitaron la oficina Oval, el presidente Reagan los presentó como "el equivalente moral de los Padres Fundadores". Las otras dos principales contribuciones han llegado de la actual¹ administración Bush. La primera fue considerar los horribles acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 no como un crimen internacional por el cual los criminales supervivientes debían cargar con una responsabilidad individual y colectiva, sino como un acto de 'guerra' contra el cual una Guerra global fue declarada en represalia: Afganistán e Irak -cuyos gobiernos no tenían relación alguna con ese crimen- fueron invadidos, otros países de la región fueron coaccionados y amenazados, e Israel obtuvo carta blanca en los territorios ocupados. Como criminales en fuga, perseguidos no sólo por EUA sino por todas las fuerzas de seguridad del mundo, hubieran sido aniquilados o forzados a languidecer en las sombras. Como compañeros en una guerra de civilizaciones globalizada, su aura fue inmensamente realzada; poca gente en el mundo había oído hablar de Osama hasta entonces, y únicamente algunos lunáticos marginales en algunos países musulmanes celebraron la destrucción del World Trade Center. Hubo manifestaciones callejeras en Teherán en solidaridad con el pueblo americano, y líderes como Arafat, enviaron mensajes de simpatía y condolencia, e incluso los mismos talibanes denunciaban el hecho. Es la escala de la agresión en la respuesta americana asociada con rituales invocaciones al nombre de Osama como el cerebro director, y la emisión televisiva de los posteriores desafíos por cadenas como Al Jazeera, lo que le convirtieron en una leyenda local e incluso en un héroe para muchos.

Algunos países musulmanes fueron invadidos y otros amenazados con ser invadidos, toda clase de exaltados jóvenes musulmanes, desde el proveniente de la madrasa islámica al recién graduado, querían ahora unirse a la nueva yihad. Necesita ser reiterado que unirse a la yihad había sido puesto de moda por los EUA; la moda ahora continuaba contra los propios Estados Unidos.

Un segundo después de ocupar Irak, los EUA se apresuraron a comunitarizarlo, rediseñándolo según divisiones sectarias, trayendo del exilio lumbreras que fueron reimportadas desde California y Londres, destacándose, poco después y brevemente, el as en la manga de la CIA, Iyad Allawi, y finalmente, apoyándose plenamente en las organizaciones fundamentalistas shiís tales como al-Da'wa y el Consejo supremo por la revolución islámica en Irak (SCIRI), el cual, paradójicamente, había sido largamente apoyado por el régimen de clérigos de Irán. La fecha exacta de la creación de al-Da'wa no está muy clara, pero con seguridad existía ya por los años 60 como una pequeña organización sectaria Shií de escasa incidencia.

¹ El artículo fue escrito antes de la elección del actual presidente Barak Obama.

Muchas de estas organizaciones se orientaron hacia Irán tras la revolución islámica y el inicio de la Guerra de Irak-Irán, desarrollando una considerable milicia adiestrada por los Guardianes de la Revolución. El SCIRI se fundó más tarde, en territorio iraní, al parecer según instrucciones expresas del propio Ayatolá Jomeini. Su milicia fue cultivada con especial cuidado por los iraníes. Muqtada al-Sadr, el joven clérigo agitador que no se integró en ninguna de estas organizaciones, también fue intermitentemente subvencionado por Irán, así como el líder kurdo, Jalal Talabani, que no era shií pero sí enemigo de Sadam. Cuando los EUA también se volvieron contra Sadam, especialmente después de la Primera Guerra del Golfo, Irán facilitó contactos amistosos entre esas dos organizaciones y los EUA. En los días previos a la invasión, cuando los líderes norteamericanos proclamaban que los shiís les darían la bienvenida, no era pura retórica. Se les había garantizado que estas organizaciones y el alto clero mantendrían a las masas shiís al margen de la militancia antiimperialista.

Mientras tanto, los grupos fundamentalistas suníes, inspirados y coincidentes con el panarabista Ikhwan al-Muslimun (Hermanos Musulmanes), que había estado combatiendo a Sadam Husein, reorientaron su lucha ahora contra los americanos y rápidamente se les unieron miembros de Baath desmovilizados. A todos ellos se pasó sucesivamente de denominarlos 'leales a Sadam' a 'restos de baathismo' y, finalmente, 'insurgencia Suní'. Todo esto fue enormemente complicado por dos factores ulteriores. En primer lugar, bajo los nuevos acuerdos constitucionales que se fueron diseñando, los mecanismos de financiación y poder se forjaron en función de las divisiones étnicas y sectarias, lo que llevó a una competición de todos contra todos, por todos los medios, para ganar el máximo de ventaja posible durante ese período de nefasta incertidumbre.

En segundo lugar, y lo más crucial, el metódico desmantelamiento del Estado iraquí -la disolución del ejército y las fuerzas de seguridad, y el desmantelamiento de las instituciones civiles siguiendo el lema de 'desbaathificación'- que conllevó una completa descomposición social en tiempos de gran adversidad social.

Acumulativamente, durante el período de 'sanciones' previo a la invasión y durante la ocupación, se estima que cerca de un 10% de la población iraquí murió; y un número incluso superior se han convertido en refugiados, ya sea en el interior del país o fuera de él; según algunas estimaciones, el desempleo se acerca a un 70%; los equipamientos de salud y educación han sido reducidos a una mínima expresión; las armas se han hecho omnipresentes, y las bandas criminales campan a sus anchas, a menudo haciéndose pasar por milicias. La intensidad de las luchas sectarias, en estos momentos un horroroso baño de sangre por doquier, no tiene precedente en la historia de Irak.

La Secretaria de Estado de EUA, Condoleezza Rice, describió aprobatoriamente la invasión israelí del Líbano como una simple 'molestia de muela' en el nacimiento de un nuevo Oriente Medio.

Los Estados Unidos, de la misma manera, pueden pretender que el holocausto comunitario que se ha desencadenado en Irak es también un problema de dolor de muelas, que el conflicto entre shiís y sunís siempre estuvo presente en Irak, desde tiempos inmemoriales y que ahora ha vuelto a saltar a la palestra debido a que la destrucción americana del régimen de Sadam ha hecho saltar las soterradas emociones que se mantuvieron bajo la superficie con la dominación otomana, el mandato británico, el reinado hachemí y las diferentes dictaduras 'sunís' que le sucedieron. Este es un peligroso sinsentido.

El régimen de Sadam fue una feroz autocracia. El requerimiento fundamental fue lealtad personal, y Sadam no tuvo reparos en eliminar incluso a sus consejeros de mayor confianza -incluyendo a parientes cercanos- si sospechaba de su deslealtad. Los

hombres de su clan, de la región de Tikrit, eran elevados a cargos poderosos porque eran de mayor confianza que otros. Entonces se daba el dominio de un partido único, Baathaista, a veces en coalición con ‘aliados’ de escasa autonomía respecto al poder.

A mayor lejanía de los centros de poder menor poder se tenía, y sin duda ningún tipo de poder sino se pertenecía al partido, pero Tariq Aziz, un devoto Baathaista y de personal lealtad a Sadam, pudo ser un miembro clave de su gabinete y círculo de confianza; que el fuera cristiano no significaba nada. Los clérigos shiís nunca aceptaron a Sadam, tampoco los fundamentalistas; Sadam reprimió a ambos con equivalente entusiasmo y brutalidad.

El clero shií dispuso de mayor poder institucional, lo que hizo de ellos y sus seguidores, junto con sus rituales públicos escenificados para mostrar su fuerza, el principal objetivo de represión.

Mientras, Karbala en el sur de Irak permaneció como el gran centro de peregrinaje de los shiís del mundo, y Najaf albergaba el principal seminario, donde Ayatollah Khoi, el más importante clérigo antes de Al-sistani, tuvo la mayor influencia entre los shiís hasta la llegada de la revolución de Jomeini en Irán. El propio Jomeini había vivido gran parte de sus años de exilio en Najaf bajo el dominio de los bahaistas, en territorio irakí, hasta los últimos meses cuando Sadam cedió ante la presión del Sha de Irán y forzó la marcha de Jomeini. Éste marchó a Francia y, pocos meses después, volvió a Irán como un héroe de la revolución.

Fue entonces cuando Sadam invade Irán, con la expresa finalidad de derrocar a Jomeini, porque no quería un régimen islámico tan cerca de su frontera y en el territorio de un país poderoso y tradicionalmente en conflicto, incluidas reclamaciones territoriales con Irak.

El ejército de Sadam fue dirigido por oficiales baathaistas que tendían a ser de origen suní, pero la tropa estaba compuesta tanto por suníes como por shiís y todos lucharon; existe poca evidencia de rechazo por parte de los shiís a luchar contra el Irán shií, y la guerra fue librada en regiones con mayoría shií. Deberíamos recordar también que, a pesar de sus horribles crímenes, el trato que los kurdos recibieron de Sadam no fue notablemente peor que el que éstos recibieron de los europeos, modernos, y democráticos turcos. La cuestión no reside en exonerar al dictador muerto, sino en mantener las cosas en perspectiva.

Esta perspectiva es ahora, si cabe, más importante porque la actual tendencia, incluso entre algunos izquierdistas, es adoptar un punto de vista que converge alarmantemente con la hiperislamizada versión de la reciente historia iraquí que ha sido confeccionada por la elite shií y la industria académica Americana de estudios islámicos. Durante el período de Sadam, los matrimonios entre Shiís y suníes eran comunes; cuando la alianza shií-kurda tomó el poder bajo el tutelaje americano, tales matrimonios fueron forzados al divorcio a punta de pistola y cuando una asociación de unas cien familias mixtas formaron una asociación para la defensa de sus derechos colectivos varios de ellos fueron disparados y la asociación disuelta. Cuando cientos de miles de shiís afluyeron al Bagdad sur -más tarde conocido como Sadr City- durante el régimen de Sadam, apenas se desencadenaron tensiones comunitarias: después de la ocupación norteamericana de la ciudad, la primera gran manifestación anti ocupación se inició en una mezquita suní con miembros de las dos sectas participando y clero shií encabezándola; cuatro años más tarde, cada vecindad ha sido sometida a una limpieza étnica. A pesar de lo cual, la caracterización de autocracia de Sadam como un ‘régimen suní’, ha calado, incluso en ciertos ambientes de la izquierda.

Sadam gobernó Irak cerca de un cuarto de siglo, y los lectores de este ensayo pudieran preguntarse a si mismos, cuan recientemente empezaron a oír la caracterización del régimen de Sadam como un régimen Suní.

Cuando la invasión de Irak estaba siendo preparada, algunos intelectuales que habían sido prominentes en la izquierda plantearon un destacable argumento; ya que Sadam era un feroz dictador, un Hitler de nuestros días, y ya que Occidente era manifiestamente demócrata y liberal, Occidente tenía el derecho a hacer la Guerra con el objetivo de derrocar a Sadam y liberar Irak para introducir la democracia liberal; la analogía se realizaba respecto a la Segunda Guerra Mundial cuando estados de democracia liberal libraron una guerra para derrotar la alianza nazi-fascista. En este argumento, no había lugar para todas las evidencias históricas de que los Estados Unidos nunca invadieron ningún país del tercer mundo por motivos de paz o justicia sino siempre por la razón opuesta.

Tampoco importaba que este argumento, presentado desde la izquierda, coincidiera alarmantemente con el tipo de pseudo-filosóficas paparruchas sobre “guerras justas” que escuchábamos de gente como Walzer e Ignatieff, defensores, ambos, del imperio. Aún ahora, parece que hay gente que desde la izquierda se las ingenia para creer que las elecciones realizadas bajo las armas de un ejército de ocupación, sobre las base de listas electorales según divisiones sectarias y étnicas, bajo una constitución redactada por los americanos, son un avance hacia la democracia y que el gobierno que ha surgido es un gobierno legítimo.

Podemos dejar a un lado la cuestión del marxismo por un momento, así como la Convención de Ginebra la cual resulta flagrantemente violada en este caso. Pero incluso tomando como referencia los estándares del liberalismo democrático, un diseño electoral basado en divisiones sectarias y étnicas, que otorga automáticamente al sectarismo mayoritario una mayoría de escaños en el parlamento sería considerado un instrumento diseñado para perpetuar las divisiones sectarias y obstruir la emergencia de una democracia liberal y secular. Se podría pensar que la experiencia del Líbano, donde los franceses legaron al país ese tipo de constitución como mecanismo para repartirse el poder entre las respectivas elites de diversas confesiones y donde las guerras civiles han sido endémicas como respuesta a los sucesivos fracasos de los pactos entre las diferentes elites, sería una lección para evitar ese precedente en cualquier otro lugar.

Sin embargo, resulta que esa libanización de la política es ahora respaldada como un paso adelante hacia una mayor democracia. ¿Como puede sostenerse este argumento?

Para ello se tendría que afirmar varias cosas: El régimen de Sadam era tan fascista que cualquier cambio sería mejor – ocupación extranjera durante un período, elecciones dirigidas, parlamento basado en el sectarismo y la etnicidad, lo que sea con tal de que el fascismo sea enterrado. También se tendría que argumentar que la sociedad iraquí como un todo – así como otras sociedades en la región: la siria, egipcia, iraní – han sido tan brutalizadas por las dictaduras que son incapaces de funcionar con el tipo de democracia que se tiene en Occidente. Que estas sociedades necesitan un período de transición y tutelaje; que necesitan aprender la democracia.

En este proceso, siguiendo el anterior tipo de argumentación, deberíamos empezar a tener en cuenta la realidad existente la cual es, sobre todo, religiosa. La mayoría Shií en Irak ha vivido durante mucho tiempo bajo el dominio Suní – bajo los Otomanos, durante el período del Mandato (británico) que impuso la monarquía hachemí , bajo los sucesivos regímenes posteriores los prolongaron el dominio Suní, culminando en el régimen ‘suní’ de Sadam - por lo cual Irak necesita un período durante el cual los Shiís puedan degustar el poder que legítimamente les corresponde al ser el más numeroso grupo étnico y secta.

Negociaciones entre grupos dentro de un marco con algunas salvaguardias les enseñará, o eso tendríamos que creer, a todos ellos el sutil arte de las negociaciones que reside en el corazón del gobierno democrático.

El ejemplo contrario de India, donde residen más musulmanes que en el resto de países árabes, excepto Egipto, y cuyo institucionalizado sufragio universal y democracia secular desde el mismo momento de la descolonización, con mucho más bajos niveles de alfabetización e ingresos per capita, parece no importar, porque la gran mayoría de India es hindú y los hindúes son simplemente una civilización diferente. Los países de mayoría musulmana no tienen ese tipo de ethos civilizacional. No hay nada en su religión o en su historia reciente que los prepare para una perspectiva igualitaria y sus vidas intelectuales están en cualquier caso dominadas por un clero medieval. Y así reflexiones de este tipo hasta el infinito.

Sin una base de conocimiento histórico, este tipo de argumentos se presentan a sí mismos como altruistas e intrépidos pero, lo quieran o no, toman parte en escatologías de primordialismo y diferencialismo cultural.

Pueblos que en su totalidad son esencializados en base a sus particularidades religiosas; la división del poder político según las líneas religiosas/sectarias es concebida como la esencia de multiculturales/multiconfesionales sociedades democráticas; y la religión misma, superficialmente entendida, deviene la explicación de porque ciertos grupos islámicos extremistas, de tendencias fascizantes, llegan a ser políticamente importantes en ciertas condiciones históricas .

El hecho coyuntural, puede entonces, ser considerado como una expresión local de una realidad primordial y permanente sobre el Islam como tal. Este tipo de compromisos con la idea de insalvables diferencias civilizacionales – e , implícitamente en este caso nuevamente – la consagrada idea de la superioridad intrínseca de la cristiandad sobre el Islam – ignora las numerosas utopías sobre formaciones socio-políticas así como los numerosos teólogos y creyentes musulmanes que han sostenido que el Islam y el Marxismo son compatibles y que la institución de la propiedad privada no es islámica. La idea de que la cristiandad es de algún modo más igualitaria, más una religión de los pobres, permanece con tozudez. Sin embargo, el deprimente hecho actual es que incluso cuando muchas partes de Latinoamérica están siendo convulsionadas por corrientes insurreccionales lo que se está extendiendo entre los habitantes de las barriadas periféricas de las grandes ciudades americanas no es tanto la teología de la liberación como el protestantismo evangélico y la iglesia pentacostal.

“Musulmanidad” y Occidente.

Vivimos en una época en que los gobiernos de los principales países capitalistas, los *mass media* y gran parte del mundo académico, incluyendo algunos en la izquierda, querrían que creyéramos en ese excepcionalismo islámico, en esa hiperreligiosidad entre los musulmanes, en esa diferencia civilizacional del Islam que es precisamente lo mismo que los “revivalistas” del Islam, fundamentalistas y proto-mártires insisten en hacernos creer.

La intelligenstia secular de los países occidentales está atrapada entre esos dos extremos, sobre todo, porque su culpable conciencia liberal está desconcertada por el nuevo tipo de comunidades ‘islámicas’ formadas en su propio seno, gracias al énfasis puesto en una inmigración hacia sociedades racialmente divididas (la raza también se asimila a religión/cultura en estos posmodernos climas), por lo que después la gestión de lo social deviene un asunto de gestión de relación de razas (por ejemplo en el Reino Unido) o un asunto de gestión multicultural (Canadá), ofreciendo oportunidades a

emprendedores (emprendedores en lo social, político, académico, religioso) de proponerse como ‘líderes de la comunidad’, simplemente porque dominar las multitudes que sufren discriminaciones de todo tipo es más fácil a través del ‘diálogo’ con los ‘líderes de la comunidad’. La palabra ‘comunidad’ (otra palabra para identidad) se torna en algo sacrosanto, palpable y administrativamente manipulable en la perspectiva de un comunitarismo multicultural que llega a nosotros en los reconfortantes ropajes de la política gubernativa y la retórica posmoderna, mientras una variada masa social compuesta de, por ejemplo, somalíes, bangladíes, hindúes de ciudad, paquistaníes del medio rural, profesores o restauradores iraníes, y trabajadores árabes puede ser toda ella etiquetada como ‘comunidad musulmana’ y pueden entonces “islamizarse” ellos mismos – ya sea por invitación así como por la circunstancial necesidad de re-orientalizarse ; porque habiendo perdido sus identidades nacionales originales, no pueden encontrar en el país de adopción, dominado por cuestiones raciales, una identidad a la par con la identidad de sus compatriotas blancos.

Este estrato de inmigrantes de diversas procedencias deben entonces forjar una identidad colectiva ficticia – una identidad que recoge para sí toda la densidad preformativa de un rechazo orquestado: código de vestimenta como signo visible, la mezquita como lugar designado para reunir a los varones de la tribu, purificación de sangre y vino, ritualización excesiva de la creencia privada, y nuevas vinculaciones sociales entre diversas procedencias que no tienen raíces comunes en su anterior historia civil pero que se hacen necesarias en la vida como inmigrante. Procesos similares están teniendo lugar entre las comunidades inmigrantes hindúes en varios países occidentales, con todos los rasgos estigmatizados de la identidad religiosa – vestimenta, rituales, edificios religiosos, búsqueda de mujeres vírgenes y tradicionales en el país de procedencia, etc.- Importantes grupos de esta diáspora están contribuyendo a financiar organizaciones hindúes extremistas y fascistoides en la propia India, defendiéndolas contra las críticas en Occidente, y extendiendo su presencia entre lo que se denomina ‘la diáspora hindú’.

Sin embargo, este extremismo político hindú no atrae la ira de los órganos gubernamentales o los expertos de los medios de comunicación, porque el estado neoliberal que se ha desarrollado en India durante los años 90, ha abierto enormes mercados al capital occidental, además de que india no es tan sólo un aliado estratégico de EUA sino también el mayor comprador de armas de Israel.

A su vez, los gobernantes indios tienen sus propios modos de ignorar el terrorismo hindú y centrar su atención en el islámico, lo cual encaja perfectamente con los intereses norteamericanos.

Unas dos décadas atrás, cuando el concepto raza era una categoría de identificación primaria permisible, estos grupos tan diferentes podían ser colectivamente representados según categorías raciales (‘gente de color’, ‘no blancos’, o incluso el termino actualmente utilizado en el liberal y multicultural Canadá, y no por ello menos ofensivo, de ‘minorías visibles’). Ahora, ‘cultura’ ha ido desplazando al término de ‘raza’ en la retórica pública de representación o autorepresentación – mientras que en relación con la gente con antecedentes musulmanes cultura ha sido convertida en sinónimo de religión- esos mismos grupos están haciendo reclamaciones como musulmanes/islámicos, lo cual es muy conveniente porque muchos musulmanes no son aterradoramente de piel oscura pero sufren ese otro tipo de antisemitismo que hoy en día no se dirige contra los judíos sino contra los árabes (en esta configuración simbólica los iraníes y otros musulmanes de piel clara devienen árabes vicarios, ya que después de todo son musulmanes).

Estos posicionamientos requeridos por la vida de inmigrante son, naturalmente, en gran medida reforzados por las representaciones mediáticas y gubernamentales de sus países de origen como países 'islámicos' (debemos ser eso, porque lo he visto en TV), y por el poder y publicidad que el establishment islamista de sus respectivos países de origen ha acaparado en este periodo de declive de la izquierda. El islamismo es la gran noticia: ¿Desde hace cuanto las audiencias occidentales no han visto algo sobre Pakistán que no estuviera relacionado con 'Islam', 'dictadura', o el doble juego del presidente general Musharraf con el Islam y la dictadura? Pero ¿existen trabajadores en Pakistán? ¿y campesinos? La labor de resaltar y ocultar en los medios de comunicación resulta casi mágica.

De nuevo, un contundente islamismo que es reciente y coyuntural es elevado -incluso en la autoconciencia de esas nuevas 'comunidades'- a la categoría de perenne indicador de una civilización transnacional. Diferentes gentes viajando hacia un nuevo, y amenazante medio, imaginan para sí mismos un permanente pasado compartido que nunca lo fue.

Ellos son etiquetados y estigmatizados de todos los modos, estigmatizados incluso en frases de descuido paternalismo, ('no todos los musulmanes son terroristas', como si un nombre sustancial de ellos, o incluso la mayoría, si lo fuera). Esta estigmatización diaria refuerza, a su vez, su rabia, resolución y sentido de diferencia civilizacional. La endurecida identidad Islámica sirve entonces como vehículo para dar salida orgullosamente a lo que ellos una vez desearon y perdieron la esperanza de llegar a ser: tan solo gente occidental normal (canadienses, americanos, franceses) como sus vecinos o compañeros de clase blancos, que es lo que su nuevo documento de ciudadanía les había prometido. En el proceso, esa gran cantidad de individuos laicos de extracción musulmana que residen en los países occidentales y que no han adoptado una identidad islámica y no participan de las reclamaciones multiculturales de comunidad son marginados e invisibilizados. Ellos simplemente no causan suficientes problemas para merecer demasiada atención o publicidad; no son auténticos musulmanes, ni para los islamistas ni para sus adversarios -las instituciones gubernamentales o los medios de comunicación - o incluso para sus amigos en el medio occidental, secular, posmoderno y multicultural; Ellos representan únicamente a ellos mismos, no una 'cultura', 'civilización', o amenaza. Algunos de ellos empiezan a verse empujados hacia las filas de los islamistas, por un sentido de pertenencia que es negado por el carácter racializado de las democracias liberales occidentales.

Como cualquier otra gente que se siente asediada, toda clase de islamista y aspirante a islamista, del más benigno al más violento, muestra un gran interés en lo que sus enemigos, reales o imaginados, dicen sobre los islamistas, sobre ellos mismos, sobre las bases de las diferencias y animosidades entre 'nosotros' y 'los otros'.

Esto ha sido siempre así, pero con una alfabetización limitada y un relativo subdesarrollo de los medios de comunicación transcontinental durante el período colonial, las posibilidades para reunir ese tipo de conocimiento estaban limitadas, y únicamente aquellos que disponían de un nivel elevado de instrucción estaban en cierto grado familiarizados con los discursos prevalecientes en Occidente. Eso se acabó, el periodo postcolonial ha sido testimonio de un inmenso avance en la alfabetización y educación general, en el resto del mundo, y uno de los efectos de este enorme crecimiento y globalización de los medios de comunicación electrónicos es que muchos de los aspectos evidentes del poder de EUA ha penetrado en sus vidas, incluso cuando estos no toman la forma de una Guerra total o de coacción; ellos leen y ven, en sus televisiones, la representación occidental de su propio poder, identidad, sus diferencias

civilizacionales y superioridad. Ellos no saben nada acerca del “*Socialist Register*”²; Bush y Rumsfeld, Powell y Rice, Huntington y Wolfowitz son la gente que ellos ven y escuchan, y ellos conocen como los múltiples participantes en las guerras de Asia occidental, incluidos ellos mismos, son retratados en los medios americanos. Muchos de ellos conocen el poder de la derecha religiosa en América y algunos quizás incluso hayan visto a los predicadores evangelistas en la televisión. Esas imágenes no les convencen, precisamente, sobre un laicismo esencial de la sociedad o de la benignidad de ser cristiano en el mundo occidental.

Un gran número de islamistas poseen educación superior y todos ellos proceden de países que fueron colonizados o de algún modo dominados por las potencias europeas, algunos de los cuales están ahora bajo ocupación americana; ellos ven una continuidad con lo anterior.

Llegan a conocer lo que la gente que hoy tiene poder militar, político, religioso, o académico, está diciendo, y observan una conexión entre lo que se dice y lo que se hace. El discurso civilizacional se convierte en una calle en dos sentidos, donde uno engendra al otro.

Islamista más sofisticados quizás sepan de la gran complejidad de las tradiciones occidentales y sus sociedades (el actual portavoz del parlamento iraní es también un traductor de Kant), e intelectuales laicos del medio musulmán probablemente incluso entienden que las civilizaciones no son entidades reales sino discursivas y categorías performativas con una enorme plasticidad, por lo cual los discursos civilizacionales políticamente motivados de nuestra época, son esencialmente actos de mala fe. Pero el islamista militante es, sobre todo, un simplificador, con un único modo de interpretar lo que ve, e interpreta las cosas al pie de la letra.

De su exposición a los medios, este militante obtiene esencialmente dos imágenes de la sociedad americana: una imagen llega de la industria del entretenimiento, y su puritana imaginación la interpreta como pura corrupción y degradación; otra imagen llega de los incansables belicistas, en contra del Islam y los musulmanes.

Occidente se convierte en su sobre estimulada imaginación en una cristiandad de los cruzados en lo religioso y una morada del pecado en la vida secular.

El reflejo psicológico es de repulsión, miedo y furia. De lo que se deriva una llamada a las armas.

En el mundo árabe al menos (y en Irán bajo el Sha), han visto a sus gobernantes hipotecar sus recursos nacionales a Occidente; despilfarrar sus riquezas en lujo para ellos y los de su clase; crear ejércitos que combatían por el poder, pero nunca al invasor ni al ocupante; y han visto los ejércitos de sus líderes nacionalistas laicos perder guerra tras guerra contra el yunque americano-israelí. No han encontrado una opción creíble a la que unirse. Por lo que han tenido que crear una propia, apátrida, en gran secreto, vagamente organizada, no para batallas convencionales, para las cuales sus armas y número son demasiado inferiores, sino para acciones espectaculares de propaganda por los hechos. El poder es tan asimétrico que sus métodos deben reflejar esa falta de simetría. Y han visto tantísimos civiles asesinados por los americanos y los israelíes que ya no juzgan sus propios actos, al matar civiles, como terrorismo, o comparable a lo que su propia gente ha sufrido.

Por el contrario, si algo se consideran ellos mismos, es contraterroristas.

Ellos están totalmente dedicados al Islam pero aquellos que viven y mueren en la periferia extremista, tienden a saber muy poco de su propia teología. Parte de esa

²

Revista donde ha sido publicado este artículo

teología les hace sentirse incómodos, ya que el asesinato de civiles, así como el suicidio (y por tanto los suicidas bomba) están prohibidos.

Por eso crean nuevas doctrinas religiosas, para justificar y predicar en el nombre del Islam lo que de hecho está prohibido en el Islam. En este sentido, muchos de ellos simplemente no pueden ser cualificados de fundamentalistas o “revivalistas” en un sentido estricto. Son innovadores, pero el producto de sus innovaciones recuerda no tanto otros períodos o acontecimientos en la historia musulmana como a ciertas agrupaciones elitistas de revolucionarios terroristas en la Rusia zarista, de la misma manera que el horrorosamente punitivo y arcano régimen que los talibanes impusieron en una guerra de saqueo a Afganistán en nombre del ‘autentico profeta del Islam’ recuerda sobre todo la experiencia del régimen de Pol Pot en Camboya. Invocando al Islam en un caso y al comunismo en el otro. En ambos casos, la agresión imperial americana tuvo mucho que ver con los estragos en ambas guerras, el trauma inflingido en los respectivos colectivos nacionales y la completa destrucción del tejido social así como cualquier medio de vida mínimamente seguro, abrió el camino a los Pol Pots y Mulás Omar de este mundo. Uno se siente tentado a temer un destino similar para Irak.

En este punto, sin embargo, quiero aparcar la discusión sobre las guerras y sus consecuencias, para volver al tema de los discursos civilizacionales altruistas los cuales también se escuchan en el mundo musulmán, en todo su espectro, desde el más laico hasta el más religioso, incluso en ciertas milicias armadas. El hecho evidente, aquí, es que las ideas sobre las diferencias civilizatorias están arraigadas en ciertas nociones no únicamente sobre el ‘oriente islámico’ sino su opuesto discursivo, ‘Occidente’. Los más sofisticados entre los que reivindicán este discurso de la civilización, sostienen ciertas opiniones respecto al capitalismo, la Ilustración, la racionalista laicización de la cristiandad: suficiente capitalismo en Occidente Versus insuficiente capitalismo entre los musulmanes; el inherente igualitarismo y el racionalismo seminal en la cristiandad, la concienzuda laicización de las sociedades cristianas por los pensadores ilustrados, la revolución francesa, etc. – todo lo cual será contrastado con la falta de todo ello en las sociedades musulmanas, así como la insorteable barrera entre el Islam y la razón laica. Los menos sofisticados quizás hablarán de tradición versus modernización; e incluso otros, los posmodernos, lo harán en términos de autenticidad, multiplicidad e impermeabilidad de las culturas; para la extrema derecha, aún cuando se habla de cultura, se hace en los términos que el racismo basado en lo biológico siempre ha utilizado: ellos son así porque son como son. El diferencialismo cultural, el cual ahora impregna tantos enfoques epistemológicos sobre asuntos sociales y políticos, es la base sobre la cual muchas de estas tendencias coinciden, incluso cuando en muchos otros aspectos difieren.

Geopolítica: el Papa, el Presidente y el profesor.

Existe una muy benévola idea que emerge en variadas formas a través de todo el espectro de derecha a izquierda, que dice que Occidente es, a pesar de todas las desviaciones de la norma, y sin duda en su actual formación, esencialmente laico, demócrata, liberal y judeocristiano; la extrema derecha puede estar decepcionada por el excesivo laicismo y liberalismo, la izquierda quizá piense que Occidente no es suficientemente liberal o democrático, pero existe un amplio acuerdo sobre la caracterización (el termino ‘judeocristiano’ para ‘Occidente’ aparece en la obra de un teórico de la cultura tan riguroso como Fredric Jameson). Ahora bien, si Occidente es todas esas cosas (y Occidente únicamente, porque si todos los demás también lo fueran,

no habría razón para singularizar Occidente como portador de esas virtudes), se necesitaría un paso relativamente corto para empezar a argumentar que esas virtudes son parte interconectadas de un todo integral y que hay algo en los mismos orígenes de Occidente que hace posible esta totalidad integrada.

Mi opinión es que en todas esas áreas donde cultura, religión y política interseccionan, el Occidente 'cristiano' empezó a describirse a si mismo como 'judeocristiano' de una manera tan obstinada, tan sólo en décadas recientes, básicamente para encajar a Israel y, especialmente después de la devastadora victoria de Israel en 1967, en parte para compensar su sentido de culpabilidad respecto al holocausto y en parte para identificarse con la victoria militar de otros en un período en los EUA estaban experimentando la derrota en Vietnam; antes de esto, el antisemitismo, más que el orgullo por una identidad judeocristiana, era la norma. Es más, uno debería olvidar la mayor parte de la historia de Europa del período previo a la Segunda Guerra Mundial para pensar en democracia liberal como una práctica política relativamente extendida ('valor' es el termino preferido en nuestra época culturalista; democracia es un valor con el cual Occidente siempre ha estado comprometido, a pesar de las prácticas racistas, el fascismo, y el nazismo) se da, además, la interesante idea de que se puede ser laico y judeocristiano al mismo tiempo. ¿Sería posible, entonces, decir que se es laico y musulmán al mismo tiempo?

Tan sólo la asunción a priori de que el judaísmo y el cristianismo son totalmente compatibles con el laicismo y liberalismo modernos, mientras que el Islam es intrínsecamente incapaz, permitiría sostener la idea de que la auto descripción de Occidente como judeocristiano puede fusionarse a la perfección con su autoafirmación como laico y liberal; mientras que las sociedades mayoritariamente musulmanas debido al componente islámico que ha heredado su identidad contemporánea son manifiestamente no laicas y, es más, no pueden serlo. En este contexto, resulta muy llamativo que Israel, la admirada avanzadilla de la civilización occidental en el corazón geográfico de Asia occidental, pueda legal y emotivamente definirse a si misma como 'Estado judío' cuando un tercio de su ciudadanía es no judía y está sujeta a ciertas restricciones definidas en base a aspectos religiosos y étnicos, y aún y así continúa siendo considerada como un modelo de laicismo, liberalismo y democracia occidental, en medio de un océano de autocracias fundamentalistas. Se necesita no prestar más atención a las declaraciones de la derecha religiosa americana, en el contexto actual, que a las de Osama bin Laden (aunque muchas de las declaraciones de Bin Laden son más perspicaces e incluso más aceptables); sin embargo, quizás habría que referirse al reciente sermón del Papa para ver cuan firme y diligentemente pueden ser dibujadas las conexiones entre Occidente, cristianismo y Razón, en parte para delimitar el racional cristianismo occidental del mundo del Islam.

Esto es particularmente interesante porque el Papa (anteriormente famoso como cardenal Ratzinger – o 'cardenal Rata' en tono de chanza entre los sectores izquierdistas católicos) disfruta de una inmensa reputación por su erudición entre los sectores de la Iglesia católica que le apoyaron en su ascenso al papado.

El Papa dio este enormemente publicitado sermón en la universidad de Regensburg en Alemania el 12 de septiembre del 2006, y seguramente hay diferentes maneras de interpretarlo.

Uno podría interpretar el texto en el contexto de un sentimentalismo religioso extremo que resulta tan dominante entre los musulmanes que reclaman que han sido ofendidos por la breve y oscura cita que el Papa utilizó en su sermón; y esas expresiones de enfado que incluso llevaron al incendio de algunas Iglesias por algunos grupos musulmanes en Turquía o Palestina, pueden, entonces, ser citadas como evidencia de la intolerancia de

las comunidades musulmanas en general, y de la fe islámica como tal. Pero también se puede interpretar el sermón, como el mismo Papa nos exhorta a hacer, como una reflexión teológica políticamente neutral sobre la diferencia constitutiva entre la cristiandad y el Islam por un lado, y la profunda identidad/identificación entre cristiandad y Europa por el otro. Yo preferiría interpretar todo el asunto históricamente y en los diferentes contextos donde el sermón ha dejado su impronta, desde uno de los pulpitos más estimados en ‘Occidente’.

Empecemos con la ofensiva citación: *‘muéstrame que ha traído Mahoma que fuera nuevo, y ahí sólo encontraras cosas malignas e inhumanas, tales como su exhortación a extender por la espada la fe que él predica’*. Esta afirmación tenía un contexto específico en el siglo 14: el emperador bizantino estaba enzarzado en una guerra con los turcos, desde una posición de inferior poder armado, y reclamaba la ayuda de varias potencias europeas, para organizar incluso otra cruzada, etc; y, a su vez, el emperador prometía la unidad de las Iglesias occidental y oriental. Nada se consiguió de esto, y Constantinopla cayó bajo los ejércitos turcos poco después de la muerte del emperador.

La cuestión, sin embargo, es que estas palabras fueron redactadas en un período de combate militar, y el vilipendio al Islam obedecía a esta precisa finalidad. Uno se pregunta entonces, por qué este oscuro pasaje ha sido sacado a relucir precisamente ahora – por otro Papa, aunque romano esta vez - en medio de otra guerra global que llama al democrático Occidente judeocristiano a unirse contra el terror global desencadenado por lo que ahora se ha convenido en llamar **‘islamofascismo’**. Una guerra laica en el terreno religioso, por decirlo de alguna manera.

La cita aparece durante la exposición de una más amplia argumentación teológica sobre una fundamental diferencia religiosa, civilizacional, entre la cristiandad y el Islam, en la medida en que, según el Papa, la fe cristiana siempre ha encarnado, desde sus mismos orígenes, en la concepción griega del Logos, una entidad de fe y razón que es fundamental en ella; mientras que el Islam postula un Dios trascendental que no tiene una relación integral con la Razón y es, de hecho, tan Absoluto que Él puede – y podemos suponer que a menudo hace – emitir mandamientos los cuales no pueden de ninguna manera ser justificados en términos de ‘fe razonable’ la cual, según el Papa, es fundamental en la cristiandad.

el supuesto mandamiento de extender el Islam por la espada sería entonces un ejemplo de la radical falta de razón en la fe islámica. Para asegurarse, el Papa reconoció en su sermón que el Corán en algún pasaje declara: ‘la religión no debe ser impuesta’; pero explica que esto tiene que ver con los primeros tiempos del Islam cuando “ Mahoma no tenía poder y estaba bajo amenaza’, una explicación que parece ignorar la propia historia del cristianismo de su inquisición y violencias de todo tipo.⁴

La disputa teológica entre el Islam y el cristianismo no es lo que nos preocupa aquí, aunque vale la pena destacar que en cuanto el primer ministro turco criticó al Papa por sus observaciones, la primera ministro alemán y varios de sus colegas se apresuraron a defender enérgicamente al Papa. Uno se pregunta si o bien los jefes de estado turco y alemán representan su religión o civilización, como Huntington probablemente afirmaría, o bien ellos representan estados-nación y por ello actúan bajo una compulsión política que se agita en sus propios estados – compulsiones impregnadas probablemente por consideraciones religiosas. En contexto, entonces, es útil recordar que antes de asumir su cargo como Papa, el Cardenal Ratzinger era el teólogo en jefe del Vaticano y desde esta responsabilidad declaró a *Le Figaro*, que Turquía, en cuanto nación musulmana, no debía ser admitida en la UE : *‘en el transcurso de la historia Turquía ha representado siempre un continente diferente, en permanente contraste con Europa... (Turquía) podría crear un continente cultural con sus vecinos árabes y llegar a ser la figura líder de una cultura con su propia identidad’*. De nuevo una profunda, e insorteable diferencia civilizacional.

Declaraciones como esta llevadas a cabo cuando Turquía esta intentando unirse a la UE, podrían explicar perfectamente, porque el primer ministro turco se sintió constreñido a ofenderse con la reciente insinuación del Papa sobre el Islam. Todo esto parece cuadrar bastante bien con el discurso eurocéntrico con el cual académicos tales como P. Huntington pueden postular un ‘choque de civilizaciones’ fundamental, y el mismo Papa puede hablar de la inconmensurable teológico-civilizacional distancia entre el Islam oriental y el cristianismo occidental.

Otras características de este sermón son de hecho igualmente sorprendentes. El Papa dice que el carácter intrínsecamente helenístico es absolutamente central en la cristiandad y le otorga a esta - y a Europa – una identidad distintiva. Continúa con la identificando unos cuantos intentos perniciosos para deshelenizar la cristiandad, empezando con la Reforma y acabando con las actuales ideas de pluralismo y multiculturalismo, las cuales excusarían a otras culturas de la obligación de helenizarse ellas mismas. Y prosigue con la observación de que el acercamiento íntimo entre la fe bíblica y la investigación filosófica griega fue un hecho de importancia decisiva... Dada esta convergencia, no es sorprendente que la cristiandad, a pesar de sus orígenes y algunos desarrollos significativos en el Este, finalmente adquiriera su carácter históricamente decisivo únicamente en Europa. Nosotros podemos expresar esto de otra manera: Esta convergencia, con la subsiguiente adición del legado Romano, creó Europa y permanece como fundamento de lo que realmente puede ser llamado Europa **6**.

Cualquier musulmán instruido (y no únicamente musulmanes) sabe que el racionalismo filosófico musulmán medieval fue una fuente indispensable para transmitir el pensamiento griego a Europa occidental; el neoplatonismo islámico precede al Humanismo europeo y el Renacimiento. Esto, sin embargo, no es lo que quiero señalar aquí, lo que quiero sugerir es que la citación en cuestión, la cual ha ofendido tanto al sentimentalismo religioso islámico, necesita ser entendida no únicamente en el amplio contexto de la islamofobia y las guerras contra el pretendido islamo-fascismo, sino también en el contexto de las propias opiniones del Papa sobre la Reforma, el pluralismo y el multiculturalismo, la identidad de Europa y la cristiandad, sus opiniones sobre la inferioridad no tan sólo del Islam sino también de la cristiandad oriental, sobre Turquía como un país que civilizacionalmente no merece ser miembro de la Unión Europea, por no hablar de la reciente caracterización de la teología de la liberación como una ‘desviación’ del autentico cristianismo. Como el Papa afirmo durante su mandato como el principal responsable de teología en el Vaticano, ‘el desafío a la Iglesia’ de la teología de la liberación debía ser evitado a toda costa: *‘es la estructura sacramental y jerárquica de la Iglesia deseada por el propio Dios la que es desafiada. Esta posición significa que los ministros tienen su origen en el pueblo, y que cada afirmación de fe esta en última instancia subordinada a un criterio político’*⁷.

De un Papa que es intransigente respecto a su propia Iglesia difícilmente puede esperarse que no lo sea respecto a otras religiones.

Sin embargo, no podemos ignorar esto simplemente como las diatribas de un personaje especialmente intransigente. Que sea o no Turquía civilizacionalmente adecuada para ingresar en la UE- o si Europa puede acomodar tantos ciudadanos musulmanes en sus fronteras sin perder su carácter cultural único, o si es prudente para Europa admitir a un país con tan gran y poderoso establishment militar musulmán – es una cuestión que causa ansiedad en la UE a todos los niveles. Lo que el Papa dice no es sólo su opinión personal sino el sentido común de una gran parte de los europeos.

De una manera similar, el grueso de la intelectualidad europea respaldaría el argumento del Papa según el cual el vínculo entre el legado judeocristiano, el pensamiento griego y

el pensamiento político, constituye el cimiento singular de Europa, y es éste el que ha otorgado su carácter único a las tradiciones laicas y democráticas occidentales.

Incluso la cuestión de la teología de la liberación, que no aparece en el citado sermón, pero era una seria preocupación del Papa cuando era cardenal y teólogo en jefe del Vaticano, no era en modo alguno una preocupación restringida al ámbito interno de la Iglesia: las advertencias hechas por el Papa contra ésta fueron tomadas muy seriamente por los dirigentes de los Estados Unidos.

En mayo de 1980, cuando las elecciones a presidente de Estado Unidos se acercaban, Con Ronald Reagan como candidato republicano, un grupo de expertos que trabajaban para el partido prepararon un documento que llegaría a ser algo así como el ‘manual’ político básico de Reagan, el famoso documento de Santa Fe. En su segunda parte titulada ‘subversión interna’, propuesta 3 se afirma:

La política exterior de los Estados Unidos debe empezar a confrontar (y no únicamente reaccionar a posteriori) la teología de la liberación. En Latinoamérica el rol de la Iglesia es vital para el concepto de libertad política. desgraciadamente fuerzas marxistas-leninistas han utilizado la Iglesia como una arma política contra la propiedad privada y el sistema capitalista de producción, infiltrando la comunidad religiosa con ideas que son más comunistas que cristianas.

Si Afganistán fue el lugar para la confrontación entre capitalismo y comunismo, la cual iba a ser ganada con la ayuda del ‘islamofascismo’, América Central llegó a ser el escenario de lucha entre la insurgencia revolucionaria latinoamericana y la hegemonía norteamericana, en la cual la teología de la liberación se identificó como una fuente de sustento y fuerza para los revolucionarios, y contra la cual por lo tanto, un tipo diferente de cristianismo - la derecha religiosa norteamericana, en todas sus variantes – debía ser movilizada, financiada, e incluso armada si era necesario, con la bendición del Vaticano, implícita o explícita.

la cita sobre Mahoma no guardaba, en modo alguno, relación con el argumento del sermón del Papa. Como animal político y astuto que es, se esforzó por incluirlo con el conocimiento de que lo que supuestamente estaba en juego en las guerras actuales contra el ‘islamo-fascismo’ era la propia idea de ‘Occidente’ – el helenizado, racional, Occidente cristiano - que era lo que él estaba definiendo en primera instancia. Una guerra civilizacional, si alguna vez hubo alguna.

El alto estatus del Papa en la economía espiritual de la Iglesia requiere que no exprese directamente las implicaciones políticas de su discurso. No se dan, sin embargo, ese tipo de reparos para un académico con influencia en Washington como Samuel P. Huntington cuyo famoso libro *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order* (El choque de civilizaciones), fue publicado en 1996 con elogiosa publicidad por parte de Brzezinski y Kissinger, indicando un raro entusiasmo bipartidista por la visión estratégica del autor. Atraigo la atención sobre este hecho, no por la importancia del libro en sí, sino por su alcance e influencia. Desde un punto de vista académico, es un trabajo de escasa calidad. Huntington recrimina a los pensadores de la Ilustración extender la idea de que finalmente habrá una civilización universal, y predice que el siglo XXI será sacudido por guerras entre culturas (el autor utiliza ‘cultura’ y ‘civilización’ de manera intercambiable), aunque no está muy seguro de cuantas civilizaciones se puede hablar, siete u ocho quizás, a su entender.

En el núcleo de su argumentación, Huntington identifica civilización occidental con cristianismo occidental, el catolicismo y el protestantismo, con la intención de distinguirlos claramente no ya del Islam sino también de la Iglesia ortodoxa porque de otro modo eso obligaría a incluir Rusia, Serbia, el cristianismo oriental, en Occidente. América latina le plantea un problema, ya que, después de todo, es también abrumadoramente católica y protestante.

Huntington realiza todo tipo de contorsiones para argumentar que América latina es fundamentalmente diferente y por ello debe ser considerada como una civilización autónoma o auxiliar de la occidental; no parece tenerlo muy claro. Los dos párrafos que dedica a África, se inician con la palabra ‘quizás’ entre paréntesis, seguida por la observación de que ‘ la mayoría de los académicos que estudian las civilizaciones, a excepción de Braudel, no reconocen una civilización distinta’. sus siguientes frases sugieren que quizás se pudiera hablar de una civilización africana, pero en ese caso, circunscrita a la mitad sur del continente; la otra mitad y una estrecha franja en la costa oriental son parte de la civilización Islámica, no de la africana.

En su cartografía, los cristianos africanos parecen no pertenecer a civilización alguna. India es calificada directamente como hindú a pesar de sus aproximadamente 200 millones de ciudadanos que se adscriben a otras religiones y que el país se enorgullece de su constitución laica.; en el momento de escribir este artículo, India tiene un presidente musulmán y un primer ministro Shik mientras que una mujer católica de orígenes italianos es políticamente la persona más poderosa del país. En lo que respecta a la Iglesia ortodoxa, Huntington lamenta como algo anómalo el hecho de que los griegos, a los que suscribe en una Iglesia ortodoxa propia, son también miembros de la OTAN, la cual es considerada por Huntington como una indispensable alianza de seguridad para la civilización occidental, así como la Unión Europea, la cuál, según Huntington, debería incluir sólo a aquellos que suscriban el cristianismo occidental. Huntington va tan lejos como hasta afirmar que la gran disidencia que en Grecia se da respecto las políticas de USA y el rol de la OTAN se producen porque los griegos, en su afiliación religiosa, realmente no pertenecen a Occidente. Al insistir en que la religión es el indicador de cada civilización, se siente obligado a tratar el Confucianismo como si también fuera, a efectos prácticos, una religión.

Las categorizaciones de Huntington son incoherentes, pero sus recomendaciones políticas son claras:

las pretensiones universalistas occidentales llevan al conflicto con otras civilizaciones de una manera creciente, de manera más acusada con el Islam y China... La supervivencia de Occidente depende de que los americanos reafirmen su identidad occidental y que los occidentales acepten su civilización como única y no universal y se unan para renovarla y preservarla contra los desafíos de las sociedades no occidentales... En el mundo del período de posguerra fría, las más importantes distinciones entre los pueblos no son ideológicas, políticas, o económicas, son culturales... Sólo sabemos quienes somos cuando sabemos quién no somos y a menudo únicamente cuando sabemos contra quién estamos...**8**

Lo que se está representando aquí es, de hecho, un escenario geopolítico de conflicto permanente en nombre de un discurso civilizacional, con una distinción prácticamente igual a la teorizada por Carl Schmit entre amigo y enemigo, nosotros y ellos: nosotros nos conocemos a nosotros mismos únicamente cuando conocemos a nuestros enemigos. Los principales enemigos de Occidente son el Islam y China, aunque también hay algunas complicaciones menores. Mientras que para Huntington Occidente incluye Europa y Norte América, incluidos primos lejanos en ‘países colonizados’ como Australia y Nueva Zelanda, se da, de hecho, una línea de división central en la propia Europa. Esta línea se movió hacia el este con la caída del telón de acero, y ahora es también religiosa: ‘*es la línea que separa los pueblos de la cristiandad occidental por un lado, de los musulmanes y ortodoxos por el otro...*’**9**

En el choque entre el cristianismo y el Islam, la iglesia ortodoxa y China, Occidente debe unirse para defenderse y América debe liderar. El problema con Occidente ha sido que ha tenido pretensiones universalistas. Repudiar el universalismo no produce, en la

visión de Huntington, una mutua acomodación o respecto entre las diferentes culturas sino un estado de guerra permanente. Nada de posmodernista y benigno relativismo, el reverso de Huntington es Bin Laden.

Diversidad del Islam; fijándonos en la historia.

Hasta ahora hemos revisados diferentes discursos que abordan cuestiones relacionadas con el Islam en términos de ‘civilización’, pero no podemos evitar discutir también el tema del terror, o violencia, que un selecto grupo de islamistas ha adoptado como modo de confrontación. Esta atención sobre el tema del terror o la violencia, que ha sido forzada por los discursos, de derecha e izquierda, dominantes en Occidente, es especialmente desafortunada porque dirige nuestra mirada hacia tendencias que hasta hace poco eran marginales en sus propias sociedades, y continúan siéndolo en la mayoría de los casos.

Este centro de atención de los discursos occidentales está arraigado en un rampante occidentalismo que divide el mundo de los musulmanes según un simplismo binario entre laicos e islamistas, y considera a todos los islamistas como pertenecientes al mismo universo conceptual e ideológico - lo cual no únicamente exonera a todos los laicos como al menos un mal menor, por más corruptos o dictatoriales que puedan ser, sino que trata a todos los islamistas como potenciales terroristas, como mínimo.

No puedo revisar aquí, la evidencia histórica que prueba que en los pasados 50 años la inmensa mayoría de islamistas políticamente activos han sido pro occidentales, y que es sólo la extrema agresividad de las políticas occidentales e israelíes lo que ha llevado a tantos de ellos al campo anti-occidental; crecientemente desde la victoria israelí, respaldada por Occidente, de 1967, y especialmente desde el desarrollo de las guerras occidentales contra lo que ahora se denomina ‘islamo-fascismo’. Me centraré, sin embargo, en tratar la cuestión de los usos, y abusos, del ‘islamismo’ (o ‘fundamentalismo’) como una categoría práctica para todo.

Como cualquier otro movimiento político que dirige una substancial masa de base, el islamismo, en cualquier lugar, consta de varias corrientes. En general, las corrientes que han buscado servirse de los procesos políticos y electorales para conseguir sus objetivos han sido mayoritarias dentro la política islamista, mientras que aquellas que rechazan estos métodos y desean imponer el Islam a través de las armas - y en el caso de alguna de ellas únicamente a través de las armas - han sido muy minoritarias.

Entre los shiíes, el Jomeinismo fue una sorprendente innovación, con su doctrina de **Vilayat-e-Faqih**, que sostiene que el orden clerical debe él mismo tomar el control material del gobierno y que la insurrección armada es un medio legítimo de llevarlo a cabo. La visión dominante entre los Shiíes había sido la de que mientras el decimosegundo imán estuviese oculto, todo gobierno era básicamente ilegítimo y la comunidad no podía hacer mucho más que esperar a que éste apareciera y arreglara todo (la casi mesiánica doctrina de la Ocultación o Intenzar, que en el lenguaje académico inglés ha sido etiquetada como ‘Quietismo’). En el ínterin, la labor de los clérigos debía ser abstenerse de ejercitar el poder político y guiar a la comunidad de creyentes en su vida cultural, religiosa y social tan bien como se pudiera. En términos modernistas, uno podría decir que esta doctrina, de hecho, restringía el poder de las instituciones religiosas al ámbito de la sociedad civil y permitía la construcción de un poder laico en el ámbito político, con la esperanza de que las estructuras legales del estado político serían tan próximas como fuera posible a los principios básicos de justicia islámica.

Es posible argumentar, en la opinión de este autor, que fue la peculiar combinación de (1) la supresión de las fuerzas izquierdistas y laicas anti-imperialistas en Irán, gracias al golpe promovido por la CIA en 1953, y el régimen que lo siguió, (2) la extrema autocracia del Sha, y (3) los estrechísimos lazos del régimen del Sha con Estados Unidos, lo que explica el éxito de las fuerzas Jomeinitas en Irán, al haberse cerrado otras posibilidades tras la exitosa eliminación de la oposición laica a la monarquía.

Esas otras tradiciones, que no son Jomeinitas, y continúan creyendo en versiones mucho más suaves de las relaciones entre el Islam y la política moderna, continúan vivas donde quiera que haya una población shií considerable, pero están en retirada desde el momento en que no encuentran un dialogo racional y la posibilidad de elegir libremente, sino formas extremas de agresión occidental. Esta distinción, desde un extremo a otro, se impone también en países con una población mayoritariamente Suní.

En Argelia, que recientemente ha presenciado una guerra entre los islamistas y el Estado, la inmensa mayoría de los islamistas participaron en las elecciones nacionales, y ganaron la primera ronda, y estaban ventajosamente situados para formar gobierno si ganaban las siguientes rondas. Pero el Estado canceló el proceso electoral, con un gran respaldo por parte de Europa y los Estados Unidos, lo cual ayudó a los sustanciales elementos yihadistas a llegar a ser dominantes dentro del islamismo argelino.

En el caso de Egipto, alguno de los más famosos militantes islamistas y organizaciones que portan armas surgieron allí, pero al día de hoy el partido parlamentario de los Hermanos Musulmanes tiene muchísimos más seguidores. Mubarak, uno de los más importantes hombres de los Estados Unidos en el mundo árabe, amañó las recientes elecciones, encarceló líderes de los Hermanos, y está impulsando una legislación que dificultará enormemente la participación de islamistas de cualquier tipo en las elecciones. Con el camino electoral cerrado, ¿Seguirá el grueso de los Hermanos Musulmanes el camino de sus homólogos argelinos? El tiempo lo dirá.

En Palestina, Hamas rechazó los Acuerdo de Oslo porque eran considerados capitulacionistas. Una posición que fue adoptada incluso por un intelectual tan serio como buena persona, Edward Said, pero todo el programa político de Hamas se basa en la premisa de que la solución de dos estados es totalmente posible si Israel acepta retirarse de los territorios que ocupó en 1967, y acepta las fronteras de entonces como las definitivas.

Esta perspectiva sobre cual debe ser la solución final, refleja las aspiraciones de la inmensa mayoría de los palestinos, los cuales han llegado a creer, tras 40 años de ocupación y el deprimente fracaso de Oslo, que Israel nunca aceptará esta solución sino se da una presión armada por parte de una resistencia Palestina.

Es más, la total incompetencia y corrupción de la Autoridad Palestina (AP), dirigida por Fatah, hizo que la población Palestina buscara otra alternativa, que fue ofrecida por los servicios sociales organizados por Hamas y que la AP no parecía muy decidida a ofrecer. Alternativa que vió reforzada su capacidad de convicción a través de unos líderes que viven entre las masas de Gaza y cuya frugal vida e incorruptibilidad era transparente.

Las masas de los territorios ocupados votaron abrumadoramente por Hamas, pero cuando el legítimo gobierno fue formado, Occidente decidió estrangular económicamente al electorado palestino que no había votado por los candidatos favoritos de Occidente, el Presidente Abbas y su conocido jefe de seguridad Dahlan; y presionó a Abbas y Dahlan para que destruyeran al gobierno electo por cualquier medio,

legítimo o ilegítimo, mientras Israel llevaba a cabo su política de ‘asesinatos selectivos’, en lenguaje de la calle simplemente asesinatos, de cualquiera de los miembros de la dirección Palestina que no aceptara el diktat de Israel.

Numerosos parlamentarios y ministros de Hamas fueron encarcelados por los israelíes, y la casa del primer ministro fue bombardeada. ¿Durante cuánto tiempo puede la jefatura de Hamas continuar inculcando en su base que la política en el ámbito electoral debe ser su principal forma de expresión, mientras el asunto de la lucha armada es dejado en manos de su milicia?³

En Líbano, Hezbollah, ha experimentado muchas transformaciones, lo mínimo que uno puede decir es que desde que Nasrallah tomó el control de la organización ha habido una política clara: Una lucha armada selectiva y contenida contra Israel mientras esta ocupe la más mínima porción de territorio libanés y mantenga gran número de ciudadanos libaneses en sus prisiones, pero ciñéndose a medios estrictamente políticos y electorales (incluyendo, a veces, manifestaciones masivas, y acciones callejeras para ganar sus objetivos políticos) dentro de la sociedad libanesa, con una compleja red de alianzas con otras fuerzas políticas, musulmanas y no musulmanas.

La declarada política norteamericana de no considerar a Hezbollah como un partido político legítimo en la política libanesa, y su categorización de éste como una ‘simple’ organización terrorista – una política, además, que es respaldada por importantes actores europeos como Francia, así como poderosos regímenes árabes aliados a EUA, tales como Arabia Saudí - está reforzando de nuevo la tendencia interna de Hezbollah que sostiene que Occidente (incluido Israel) no respeta los procesos electorales en los países musulmanes, por lo que la pistola es el único medio viable de lucha.

Podemos señalar desarrollos similares en otros países, tales como Somalia, Sudan, Pakistán. Los específicos desarrollos que están causando este rápido cambio dentro de los movimientos islamistas, de los moderados favorables a medios electorales al islamismo extremista armado, son sin duda específicos de cada situación. Se da, sin embargo, una nefasta combinación de domésticos, anti-izquierdistas, y generalmente autocráticos regímenes de derechas por un lado, y por el otro, resueltas políticas imperialistas-sionistas, las cuales están creando las condiciones objetivas dentro de las cuales se hace difícil un ‘moderado’ islamismo democrático, que es entregado al extremismo del tipo milenarista.

Occidente debe por ello, responsabilizarse de tres pecados sucesivos cometidos en un período de apenas 50 años. Primero, ayudó al florecimiento del islamismo al reclutarlo en su lucha contra el “comunismo”, con este término se abarcó no únicamente a los amplios movimientos de masas comunistas que surgieron en los pueblos musulmanes, sino cualquier régimen que subscribiese un nacionalismo económico contra el capital corporativo occidental.

La izquierda occidental subestimó todo el proceso como un episodio menor en lo que ella también llamaba ‘la guerra fría’, un término que ha sido tomado prestado del vocabulario imperialista. Segundo, al asegurar el derrocamiento de todos estos regímenes laicos que no eran comunistas (de hecho, la mayoría eran anticomunistas) pero que o bien toleraban a los comunistas (como el régimen de Sukarno en Indonesia), o se negaban a alinearse con Occidente (de nuevo Sukarno, pero también Nasser) o eran moderadamente nacionalistas en el ámbito económico (Mossadegh en Iran) - Occidente

³ Este artículo fue escrito antes de la masiva incursión de castigo a la franja de Gaza por parte de Israel.

aseguro el estrechamiento del espacio para una política laica y por ello la emergencia de las diferentes tendencias del islamismo, del moderado al militante.

Sadat, que sucedió a Nasser y dirigió a Egipto hacia el área de influencia de Estados Unidos, amparó el ala moderada de los Hermanos Musulmanes, pero fue asesinado por las milicias que habían roto con la organización madre, precisamente a raíz de la alianza de Sadat con los Estados Unidos y lo que ellos consideraron como una capitulación en el tema de Israel. Tercero, cuando el islamismo llegó a ser una poderosa tendencia en tantos de estos países, Occidente jugó un juego cínico de extremo pragmatismo: continuó apoyando regímenes como el Saudí; la organización de la Yihad contra el comunismo afgano, como si lo que se desarrolló allí tan sólo fuera una 'invasión soviética' sin una base doméstica; apoyó los más autocráticos regímenes, tales como el de Mubarak en Egipto, contra los islamistas, añadiendo a su queja la de ser anti-imperialistas, mostrando nada más que desdén por esos islamistas que activamente habían evidenciado su creencia en la política electoral (en Argelia, en los territorios ocupados de Palestina, en Líbano) y tratándolos como simples 'terroristas'.

Todo esto está conectado, de manera muy intensa, con la cuestión de Israel: su prolongada ocupación de los territorios palestinos; su trato a la población sometida; la conversión de Gaza en una inmensa prisión; el fraccionamiento de Cisjordania hasta conseguir una anexión de facto, por un modo u otro, de casi un 40% de su territorio. El respaldo americano y la colaboración europea con las políticas israelíes; y los intentos israelíes y occidentales de mantener en el poder a sus amigos en la Autoridad Palestina utilizando medios brutales, oponiéndose al mandato electoral popular a favor de Hamas. La herida es profunda. Un estado colonial fue establecido, a través de lo que el académico Ilan Pappé describe como una auténtica limpieza étnica, precisamente cuando gran parte de Asia y África estaban siendo descolonizadas. Todo esto ha sido coronado con una ocupación que se ha prolongado durante cuarenta años y ha supuesto, no únicamente un régimen de atrocidades periódicas contra la población bajo la ocupación, sino también la flagrante violación de la ley internacional. Los islamistas simplemente no creen que la ley occidental - la misma ley que el discurso occidental considera el fundamento de su existencia civilizada - consiga jamás traer la justicia.

En este contexto, entonces, el resto de nosotros debe llevar a cabo un análisis dialéctico tan complejo que es casi imposible, a saber, tomar la medida completa de las historias que han generado tales puntos de vista, hacer distinciones entre una tendencia y la otra, no sucumbir a ninguno de los diferentes modos de comprensión, sus conclusiones o preferidas líneas de acción, y aún así intentar ver esas historias a través de sus ojos con al menos, cierto grado de empatía, para que como mínimo, ellos no nos parezcan unos simples primitivos que necesitan ser controlados, disciplinados, y quizás incluso aniquilados, selectivamente, en 'guerras justas' libradas por nosotros, los civilizados.

Si ellos pueden ser entendidos como un tipo particular de seres humanos que han sido producidos no por civilizaciones o frenesís religiosos y fatalidad, sino por diferentes historias, lo mínimo que uno puede hacer es prestar atención a esas historias.

Es muy complicado, sin embargo, decir mucho que de una manera general pueda aplicarse a las diferentes corrientes islamistas. Lejos de ser diferentes expresiones de algún rasgo esencial del Islam (o de una carencia de éste, como algunos argumentan), cada una de ellas es el producto particular de la historia que ha generado su surgimiento. Esto se aplica también a la polémica noción de 'fundamentalismo'. Incluso si tuviéramos que aceptar, pongamos por caso, que el término 'fundamentalismo' es aplicable a todas ellas, lo cual es dudoso, uno continuaría teniendo que distinguir de manera radical entre un fundamentalismo y otro.

Aquí es donde un elemental trabajo de sociología comparativa de los islamismos - no de las religiones, sino de los islamismos - empieza. Debo, nuevamente, continuar no con generalizaciones, sino con una comparación que debería ilustrar todo el asunto: los 'fundamentalismos' de Afganistán e Irán respectivamente, dos países adyacentes que experimentaron revoluciones (comunista en un caso, e islamista en el otro) prácticamente al mismo tiempo.

Islam en el Afganistán del siglo XX. Después de que haber roto sus conexiones históricas con lo que es ahora Pakistán (gracias al colonialismo británico) y Asia central (gracias al expansionismo zarista), Afganistán se desarrolló en un medio geográfico de áridos refugios montañosos y mesetas, con escasos recursos agrícolas, con apenas desarrollo industrial, solidaridades y jerarquías sociales mayoritariamente de carácter tribal, y pequeños grupos de clases medias modernas en las principales ciudades.

Esto era mantenido por una monarquía suavemente musulmana instalada en Kabul que ejercía un limitado control sobre las regiones limítrofes dominadas por sátrapas locales. En el momento del golpe de estado de los comunistas en 1978, había un mullah por cada 60 personas, un 9% de alfabetización (que se reducía al 1% entre las mujeres) y una población básicamente rural que muy a menudo estaba ligada a sus caciques ya sea por deudas que se pagaban con la esclavitud, así como lealtades tribales o sectarias básicas, especialmente en las áreas Pastun.

Cuando la mayoría de caciques y élite urbana huyeron al exilio tras el golpe principalmente hacia Pakistán (el caso de los refugiados en Irán, es, de nuevo diferente) incitando a los campesinos dependientes a huir con ellos, el islamismo que se desarrolló en el exilio - en lujosos bungalows para los ricos, en campamentos miserables para los pobres - tuvo todos los rasgos de una sociedad en la cual las costumbres tribales fueron tomadas como la auténtica práctica Islámica; la relación de clientelismo sobrevivió en su forma tribal, así como el sistema de los mullah. De hecho, la falta de un estado centralizado y las condiciones del exilio en un país extranjero, Pakistán, donde los mullah eran los principales proveedores para su precaria existencia, intensificó las relaciones de caciquismo y dependencia entre los refugiados pobres.

Tal eran las condiciones en las cuales fueron reclutados los núcleos afganos para la yihad anticomunista (que los distinguía de las decenas de miles de yihadistas mercenarios extranjeros que fueron reclutados por la CIA y agencias asociadas).

Una población de cientos de miles que era pobre, carente de una educación moderna, sometidos a una dominación feudal y clerical, y aterrorizados por la situación de exilio y miseria en los campos de refugiados, fue la masa social que fue movilizada por la decisión americana de lanzar una yihad americana contra los comunistas ateos que se habían hecho con el país y contra la Unión Soviética que más tarde intervino militarmente; y por la decisión de los partidos islamistas pakistaníes, que hasta entonces habían sido elementos marginales en su propio país, de crear el aparato ideológico para esta yihad.

Esta fue la primera edición del islamismo afgano que culminó con la retirada de las tropas soviéticas, la derrota de los comunistas, y la creación del gobierno mujaidín, el primer gobierno islamista en la historia de Afganistán - un islamismo de señores de la guerra y una elite urbana, que hacían dinero de todas las maneras posibles, desde el cultivo de opio a la venta de armas americanas en los bazares de armas regionales y globales.

La segunda edición del islamismo llegó en la forma de los talibanes. La palabra significa 'estudiantes' y de hecho ellos habían sido estudiantes en los rudimentarios

seminarios islámicos (madrasas) dirigidos directamente por partidos islamistas paquistaníes y financiados por los americanos, los saudíes y otros dirigentes del Golfo, ONGS, etc. para los niños de refugiados afganos. Niños que no habían conocido nunca una vida estable y eran producto de su ascendencia tribal y su devastado presente: las chozas de barro que eran sus casas, una más que precaria educación, su adoctrinamiento en los más rabiosos tipos de fanatismo, su completa ignorancia de la teología, jurisprudencia o hermenéutica islámica, una adolescencia en permanente contacto con las armas dedicada a entrenar como soldados en una eterna yihad.

En medio de todo eso, crecieron hasta convertirse en hombre jóvenes, para acabar siendo enrolados por alguna otra fracción menos analfabeta y de alguna manera más urbanizada y sofisticada. Cuando el gobierno de señores de la guerra muyahidines prefabricado por los USA se hundió en un marasmo de corrupción, orgías de violaciones y asesinatos y luchas intestinas, el gobierno pakistaní, supervisado por los americanos, decidió organizar a aquellos antiguos estudiantes (ahora para siempre más Talibanes) como una fuerza de intervención. Ellos barrieron Afganistán con la fuerza de un huracán (aunque se dice que la mayor parte de la lucha fue llevada a cabo por el ejército paquistaní en nombre de los talibanes) y rápidamente lo ocuparon.

Los talibanes crearon el único tipo de régimen islámico que el tipo de vida que habían llevado les permitía crear: un régimen puritano, analfabeto, medieval. Sus predecesores habían violado a decenas de miles de mujeres; los talibanes no hicieron nada de ese tipo, pero convirtieron todo Afganistán en una inmensa prisión de domesticidad para las mujeres del país, privadas de derecho a una vida pública, y en condiciones de miseria y hambre generalizadas. Cuando dejaron de tener el beneplácito de los americanos, su severidad social contra las mujeres entro en la leyenda. Pero las violaciones masivas contra las mujeres afganas que fueron perpetradas por los hombres de la Alianza del Norte no trascendieron porque los violadores habían sido parte de la coalición gobernante impuesta al país por los Estado Unidos tras la derrota de los comunistas, y nuevamente parte de la coalición que emergió tras la invasión por los Estados Unidos y la designación del gobierno de Karzai. El régimen talibán fue atroz, pero durante su domino fue también el único periodo en el Afganistán poscomunista durante el cual no se violaron mujeres por la elite gobernante, ningún dirigente aceptó sobornos, no se cultivaron opiáceos, ni se fabricó heroína.

Comparemos, entonces, este tipo de ‘fundamentalismo’ con la variante iraniana. Rico en todo tipo de recursos naturales incluyendo el agua y un fértil suelo, hogar de una espléndida civilización preislámica, hogar también de una de las grandes civilizaciones musulmanas durante muchos siglos, Irán ha sido para la complejidad cultural de sudoeste asiático lo que Italia ha sido para Europa. De los dos poetas generalmente considerados como los más importantes en literatura Farsi, Rumi (literalmente, Romano) está enterrado en Konea, un pequeño pueblo de peregrinaje en la Anatolia oriental, y tiene seguidores en incontables **Tariqas** (agrupaciones) Sufíes en todo el mundo musulmán; el otro, Hafiz, fue invitado una vez, en su vejez, a alegrar con su presencia la corte provincial en Bengala.

La reforma modernizadora llegó por primera vez a Irán durante el primer cuarto del siglo XX, casi un siglo más tarde que en la Turquía Otomana, y dejó su impronta en el menor desarrollo y densidad de su cultura burguesa. La organización monárquica fue mantenida cuando los Pahlevis tomaron el poder en la década de los años veinte (justo cuando la monarquía estaba siendo abolida en Turquía por un partido nacionalista laico, estatista y republicano) y poco más tarde fue incluso intensificada.

No se pudo desarrollar una burguesía independiente del trono, un fenómeno para el cual el excelente historiador del Irán moderno, Ervand Abrahamian, ha inventado el término de ‘monarco-burguesía’, una clase corporativa compuesta por a penas dos mil familias asimiladas por el sistema monárquico y separadas del resto de la sociedad.¹⁰

El Estado rentista y sus beneficiarios, se enriquecieron fabulosamente gracias a los ingresos petrolíferos, estaban políticamente alineados y dependían de los poderes occidentales (principalmente de Estados Unidos, el cual tras la Segunda Guerra Mundial había eliminado a Gran Bretaña como el principal poder en la región), y fuertemente occidentalizados en lo que tomaron como cultura propia.

Sin embargo, a diferencia de los advenedizos reinos del Golfo, Irán no era únicamente petróleo. Anteriores formas de acumulación habían desarrollado una mucho más antigua, y notablemente poderosa, tradicional burguesía de los bazares, mucho menos rica que la monarco-burguesía, pero más amplia en su base social, resentida de las reclamaciones de la monarco-burguesía y de sus conexiones, incluyendo sus conexiones y dependencias de Occidente. El Irán posterior a la Segunda Guerra Mundial, también tuvo una importante clase media profesional y urbana, una vibrante intelligentsia literaria y una creciente clase obrera.

La falta de una correlación orgánica entre el estado rentista y la sociedad civil también dejó para el establishment clerical un inmenso campo de acción en el cual gran parte de éste pudo distanciarse de la corte y sus asociados y aún y así tener una enorme influencia en la población a través de una elaboradísima red de matrimonios que les asociaron con las élites mercantiles y terratenientes y conectó a éstas con el grueso de la población a través de las jerárquicas y bien organizadas instituciones religiosas. Los comunistas, los nacionalistas laicos e incluso las tibias oposiciones islamistas al régimen monárquico, también se desarrollaron en este medio, en una intrincada red de competición y colaboración.

La primera oposición tras la guerra se aglutinó entorno a los comunistas y los nacionalistas laicos, formando un gobierno encabezado por el Frente Nacional, que llevó a la primera nacionalización del petróleo en la historia de oriente medio, bajo Mossadegh, un patricio primer ministro que no tenía que ver con la izquierda pero encabezaba una coalición que deseaba restringir el control extranjero sobre los recursos naturales clave y, inter alia, abrir el camino a un mayor sometimiento de la monarquía al control parlamentario, más o menos según el modelo británico.

Los Estados Unidos reaccionaron con un golpe preparado por la CIA, restaurando al Sha en su trono, y creando para la monarquía el más feroz servicio de inteligencia de la región, el **SAVAK**, el cual también sirvió esencialmente como policía paramilitar. La extrema represión de los izquierdistas y los nacionalistas laicos que el SAVAK ejerció tras el golpe creó una situación en la cual el generalizado sentimiento antimonárquico y anti americano permaneció y fue fuertemente reforzado, pero ninguna institución laica de la sociedad civil conservaba, tras la represión, la fuerza suficiente para dar expresión a este sentimiento, mientras que la élite religiosa fue dejada casi intacta.

El Sha, sus partidarios, e incluso sus patrocinadores extranjeros, cegados por la poderosa historia laica del Irán del siglo 20 subestimaron el creciente poder de los clérigos en una situación donde ya no se enfrentaron a rivales de importancia. Nadie creía, entonces, que un movimiento dirigido por mulahs podría derrocar a la monarquía. Este no es el lugar para volver a enumerar los detalles de esta revolución. La cuestión principal aquí es que había unas sustanciales fuerzas seculares e izquierdistas implicadas en la gestión de esa revolución, y no fue hasta que Jomeini consolidó su poder que esas fuerzas fueron metódicamente eliminadas, a menudo, por métodos muy violentos. Es más, las propias fuerzas islamistas tampoco eran en absoluto homogéneas.

A parte del elemento clerical dominante, había también islamistas que provenían de las clases medias profesionales o la más tradicional burguesía del bazar, que eran socialmente conservadoras pero en absoluto inclinadas hacia formas extremas de islamización; gente joven atraída desde los movimientos estudiantiles de la universidad moderna; potentes intelectuales que se habían desencantado de los movimientos de izquierda pero poderosamente influidos por ideas izquierdistas. Incluso los más altos escalafones del clero estaban profundamente divididos entorno a diferentes líneas ideológico-teológicas. Además de Jomeini, había otros poderosos ayatolás, tales como el Ayatolá Taleqani cuya versión de la política económica del Islam era próxima a la izquierda de la moderna social democracia; o Shariatmadari, que tenían un gran número de seguidores, y cuyas opiniones eran mucho más patriarcales y tradicionalistas pero que tampoco subscribía las perspectivas de Jomeini. El primer gobierno fue dirigido por Mehdi Bazargan y Beni Sadr, ninguno de los cuales era un miembro del clero. El parlamento estaba profundamente dividido sobre el alcance del radicalismo de la proyectada reforma de la tierra y la subsiguiente visión de la estructura económica que recordaban al modelo nasserista, donde sectores clave de la economía debían permanecer en el sector público.

Hubo compromisos de todo tipo. Irán debía ser islámico pero también una república armada y con una constitución: la República Islámica de Irán. Aunque no había ningún precedente en la historia del primer Islam o el de la época medieval que pudiera equivaler a una constitución republicana. Únicamente los individuos que tuvieran el visto bueno del Consejo Supremo de clérigos podrían presentarse a las elecciones, aunque estas debían ser libres y limpias.

Los clérigos más veteranos parecen no haber estado muy entusiasmados con la candidatura de Ahmadinejad, el actual primer ministro, que sin embargo ganó una votación clara y nadie intentó impedirle ganar las elecciones – los clérigos iraníes han mostrado mayor respeto por los procesos constitucionales y electorales que la laica FLN en Argelia.

Las ciencias sociales y filosóficas occidentales son enseñadas ahora en seminarios de Qom, donde las bibliotecas están organizadas y computerizadas según estándares modernos, y nadie pestañea cuando una nueva traducción de Kant o Hegel aparece. Feministas islámicas formadas en California tienen excelentes oportunidades de conseguir cargos en el gobierno, incluso cuando la policía moral castiga a otras mujeres por permitir que parte de su cabello sea visto en público, bajo su hijab.

De hecho, las mujeres de las clases populares han conseguido avanzar más en educación avanzada y profesionalmente bajo el régimen islámico que lo que era concebible para sus madres durante el secular y occidentalizado gobierno del Sha en el Irán prerrevolucionario. Todo el tejido político es una peculiar mezcla de democracia y teología, autoritarismo y populismo, desarrollismo y un extremo conservadurismo social. Uno podría de una manera plausible argumentar que las fuerzas internas luchando por la democratización y secularización hubieran tenido mayores oportunidades de éxito si Occidente e Israel no permitieran constantemente a las facciones más extremas del régimen citar la papable amenaza de Occidente para unificar a la población detrás del gobierno nacional y defenderse de las críticas.

La cuestión nuevamente, no es defender a los clérigos iraníes, sino simplemente ilustrar las diferencias de los respectivos contextos en los cuales los ‘fundamentalista’ de Afganistán e Irán se han desarrollado.

Podríamos ir más allá y citar el caso de la Turquía contemporánea, donde el partido islamista gobernante que gobierna con una confortable mayoría, inicialmente se

desarrolló en un medio de pequeña burguesía de provincias, especialmente ciudades de la costa este, que estaba molesta con la preponderancia de la capital. Pero ahora son suficientemente fuertes, incluso en Estambul, para desafiar la anterior hegemonía más profundamente; en este proceso su islamismo ha evolucionado hacia algo muy similar al cristianismo de los cristiano demócratas alemanes.

la destrucción del laicismo oriente y Occidente.

Cualquier examen cuidadoso del mapa de los países mayoritariamente musulmanes durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial - aproximadamente entre 1945 y 1965 – mostrará que la mayoría de sociedades musulmanas, desde Indonesia a Argelia, con notables excepciones como Arabia Saudí y los reinos del golfo, eran extraordinariamente receptivas al comunismo, marxismo y de un modo más general a las ideas laicas.

Desde mediados de los años sesenta (el golpe de Estado en Indonesia; la mortal destrucción de los ejércitos árabes laicos en 1967, etc.) hasta finales de los setenta (la revolución islámica en Irán en 1978, el inicio de la Yihad Afgana, 1979-80), ese inicial mundo de predominio del laicismo y ofensivas desde la izquierda entró en una profunda crisis, paralelamente todo el sistema estatal empezó a ser asediado por los enfrentados fundamentalismos de Arabia Saudí e Irán.

El dramático desplazamiento en Irán de una fase de tres cuartos de siglo de modernización, secularización, movimientos antimonárquicos de la izquierda comunista y los nacionalismos laicos, a la instauración de una elite revolucionaria plenamente clerical, fue, quizás, en realidad menos dramático que la marcha de Saudí Arabia desde una posición de precaria existencia en los márgenes del mundo árabe, asediada por los impulsos modernizadores que atravesaban ese mundo, a una posición de centro dominante.

Cuando Israel destruyó las fuerzas de Nasser en 1967, también derrotó al nasserismo y al nacionalismo laico dominante, corriente de socialismo autoritario en el mundo árabe. Se cambió, así, drásticamente, el balance de fuerzas entre un derrotado y traumatizado Egipto –en el centro del Islam urbano y mediterráneo- y el monárquico, wahabí puritano, aunque rico en petróleo, reino del desierto de Arabia Saudí. Por primera vez, quizás en un milenio, el Islam del desierto y los oasis dominó al cosmopolita Islam de las grandes ciudades (Cairo, Damasco, Bagdad, Beirut, Aleppo, y las ciudades de la Palestina ocupada, también), las costas, y los fértiles valles (El Nilo, Tigris y Eufrates).

Hacia 1990 (con la retirada de la Unión Soviética de Afganistán y su colapso sistémico; el colapso del gobierno comunista en Kabul, y el advenimiento del primer régimen islamista en la historia moderna de ese país, bajo tutela americana) ese mismo mapa de los países de mayoría musulmana ha sido sacudido poderosamente por lo que Bernard Lewis llamó ‘el resurgimiento del Islam’ y lo que Huntington ha caracterizado como choque de civilizaciones entre el Islam y los judeocristianos occidentales. Puede ser útil para clarificar todo eso – el histórico y fatal cambio desde las grandes ofensivas de una izquierda laica al rápido ascenso del islamismo como fuerza dominante – una rápida referencia a hechos concretos.

En 1948, el residente británico en Teherán escribe, en un comunicado secreto, al Foreign Office que el Tudeh no necesita hacer la revolución porque está en situación de llegar al poder a través medios pacíficos. Tudeh era, a pesar de sus accesorios y adornos mucho más amplios, el partido comunista de Irán. En la sobreexcitada imaginación del

residente británico, los comunistas estaban a punto de tomar el poder. Finalmente, fue el laico y liberal Frente Nacional, dirigido por Mossadegh, el que formó gobierno y buscó la nacionalización del petróleo chocando por ello con la monarquía. La cuestión aquí es que desde principios de los años cincuenta el terreno político en Irán estaba dominado enteramente por los comunistas y los liberales demócratas laicos que estaban enfrentados en muchos temas pero unidos, sin embargo, en un cierto tipo de nacionalismo económico radical. El golpe que fabricó la CIA en 1953 para derrotar a este nacionalismo económico restauró la monarquía y creó la sangrienta fuerza de seguridad interna del SAVAK.

Los comunistas y los demócratas liberales fueron eliminados, creando un amplio vacío que fue dominado por la oposición clerical. El clero – integrado él también por ‘izquierdistas’ como Ayatolá Taleghani y ‘derechistas’ como Ayatolá Shariatmadari, pero respaldado incluso por voces tan ‘radicales’ como Ali Shariati y Jalal Aal-e-Ahmed (anteriormente intelectual del Tudeh) - llenan este vacío. Finalmente el clero, guiado ahora por el Ayatolá Jomeini, llevó a cabo la revolución islámica en 1978.

Hay todo tipo de complejidades involucradas aquí, y la específica estructura jerárquica de la institución clerical shíies es en si misma un factor, pero, de manera general, se puede decir que desde 1953, la época del golpe dirigido por la CIA, nadie podría haber previsto que Irán iba a tener una revolución islámica un cuarto de siglo más tarde.

Desde 1965, Indonesia, el país musulmán más grande del mundo, se distinguió por tener el partido comunista más grande después de China y la URSS. El país estaba gobernado por Sukarno, un líder del movimiento anticolonial y un de los arquitectos claves del Movimiento de no Alineados.

A Sukarno le gustaba aderezar sus discursos con referencias al Islam tanto como a Nehru invocar referencias al hinduismo y budismo clásicos de la India, pero la política indonesia era fundamentalmente laica, en un país donde la cultura musulmana era además muy ecuménica, con elementos hindúes y budistas incrustados en un modo más profundo incluso que en el caso del Islam indio.

Entonces llegó el golpe anticomunista y antinacionalista de 1965. se produjo la segunda mayor matanza de comunistas en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, con más de medio millón de muertos, y se instauró la dictadura de Suharto.

El tipo de Indonesia que ahora conocemos – con un Islam muy devoto pero políticamente suave en la cúspide, y variadas corrientes absolutistas y milenaristas atravesando los escalones más bajos de la sociedad - es consecuencia directa de lo que destruyeron los militares y de lo que subsiguientemente dejaron florecer.

Desde 1948-52, en Egipto, había básicamente cuatro centros de poder, existentes o emergentes: El de Palacio, el ligeramente nacionalista y liberal que podría asociarse en sentido amplio con la palabra ‘Wafd’, los comunistas, y Ikhwan al-Muslimun (los Hermanos Musulmanes).

El golpe de Neguib y Nasser, del que derivó el nacionalismo secular y autoritario del régimen nasserista, destruyó todos estos centros de poder o domesticó lo que pudiera quedar de ellos.

El punto álgido del nuevo régimen se dio con la nacionalización del Canal de Suez en 1956 y el exitoso desafío egipcio a la triple agresión británica, francesa e israelí. Entre este punto álgido y el declive terminal tras la derrota de 1967, Sayyid Qutb, el supuesto héroe de las actuales corrientes políticamente absolutistas en el Islam Suní, fue colgado con poca repercusión en la sociedad Egipcia del momento.

Entonces llegó la invasión israelí de 1967, la destrucción de las Fuerzas Armadas egipcias, la ocupación del Sinaí, la humillación de Nasser, el cambio fundamental en el equilibrio de poder dentro del mundo árabe del Egipto de Nasser a la monarquía Wahabbí de Arabia Saudí, y el ascenso, que en este crisol, experimenta la famosa Jamat islamiya (las 'sociedades islámicas', como Takfir wa al-Hijra) responsable del asesinato de Sadat y que dominó el extremo más radical del campo religioso-político en Egipto, junto al rejuvenecido Ikhawan, el partido 'moderado' de los devotos, que pasó, entonces, a dominar el campo electoral - a pesar de la extrema crueldad y los fraudes electorales del régimen de Mubarak, el aliado favorito de América en la parte del mundo árabe no dominada por monarquías.

Estos son ejemplos muy contundentes, pero hay muchos más que pueden ser citados. Cada uno de ellos puede ser enriquecido con un matiz o detalle que muestre su complejidad y contradicciones; han sido objeto de largos estudios en libros, algunos de ellos excelentes. En este punto, sin embargo, permitámonos a nosotros mismos la arriesgada indulgencia de jugar con lo contrafactual: la inútil historia melancólica de lo que no sucedió pero podría haber sucedido.

Supongamos, por un instante, que la CIA no hubiese impulsado el golpe en Irán y a los comunistas y los nacionalistas liberales se le hubiera permitido desarrollar su rol en la política iraní, en cuyo caso la monarquía hubiera sido derrocada por una alianza comunista-liberal, o por una de fuerzas laicas, pero no por las fuerzas clericales; ¿Qué tipo de Irán tendríamos entonces? Supongamos que no se hubiera producido un golpe exitoso en Indonesia, ningún baño de sangre de las fuerzas políticas laicas, comunistas y nacionalistas anti imperialistas, que no se hubiera instaurado el régimen Suharto; quizás no se hubiera dado un régimen más liberal o izquierdista en Indonesia, pero con seguridad una Indonesia progresista, totalmente en paz con su ecumenismo religioso - y quizás sin ramificaciones de Al-Qaeda, sin masacres en Bali, y etc.

Y supongamos también, un Egipto en, digamos 1954, al que se le permitiera encontrar su propio camino en el mundo a través de su dinámica interna. Sabemos por lo que finalmente sucedió, que el régimen de Nasser se reclamaba socialista pero que, en el mejor de los casos, era una caricatura de socialismo, y que su nacionalismo estaba fuertemente marcado por su autoritarismo.

Pero, supongamos, siguiendo este contrafactual ejercicio, un Egipto nasserista que no hubiera sido constantemente traumatizado por la muy real posibilidad de invasión o como mínimo la subversión radical alimentada desde el extranjero, un Egipto nasserista no forzado a gastar tanto de su riqueza nacional en lo militar, un Egipto no constantemente en pie de guerra, no afrontando la guerra de 1967, y no habiendo sido derrotado en ella.

El islamismo que surgió tras la derrota acusó, con una acusación que no podía ser respondida, a Nasser de fracasar totalmente en dirigir a los árabes a la victoria contra Israel, en proteger el honor y territorio egipcio y en evitar que Israel ocupara el resto de Palestina.

La acusación no podía ser respondida porque era cierta. Habiendo presentado una incontestable acusación de culpabilidad, los islamistas representaron una milenarista promesa de redención: nosotros os traeremos - egipcios, árabes, musulmanes de todos los lugares - lo que Nasser no pudo, y nosotros lo conseguiremos porque Dios esta de nuestro lado, mientras que Él, el señor, no estaba con Nasser porque él era laico, un pagano. En condiciones de extrema desorientación social, producida por la derrota de 1967, esa promesa milenarista se sostuvo y muchos jóvenes fueron arrastrados hacia ese tipo de escatología.

Cuando los asesinos de Sadat fueron juzgados una década después, un impresionante número de ellos dijo que habían sido nasseristas en su juventud y se habían convertido al islamismo político tras 1967.

Entre tanto, hacia 1970, el propio Nasser había viajado a Kartoum y había pactado la paz con el rey saudí, por lo que no se encontraba en posición de ofrecer ningún tipo de protección a los palestinos cuando las masacres de septiembre de 1971 en Jordania, durante el test de fuerza entre la monarquía pro-occidental jordana y la laica OLP. El islamismo entre los palestinos se fue reforzando tras estas masacres, tras las de Sabra y Shatila durante la invasión del Líbano por Israel en 1982, y especialmente tras los Acuerdos de Oslo de 1993 patrocinados por los Estados Unidos. Durante el proceso, la OLP primero fue “castrada” y después devino una caricatura de si misma, con una corrupción endémica que la erosionaba desde su interior. Este vacío fue llenado por Hamas.

Pero para imaginar, en nuestra historia contrafactual, un Egipto en el cual tantos de los laicos del ayer no huyeran al campo de los islamistas gracias a la derrota de 1967, tendríamos que imaginar también otro tipo de Israel: El tipo de Israel por el que gente como Martin Buber⁴ tantas veces había abogado. Buber parece que creía que la enorme magnitud del Holocausto en Europa requería que los supervivientes judíos encontraran para ellos una patria en la cual ellos pudieran garantizar por si mismos una vida a salvo de este tipo de pogromos.

Pero a diferencia de Ben Gurion⁵, Buber creía que los judíos nunca encontrarían una paz duradera y seguridad sino reconocían que ellos habían ocupado la tierra de otro pueblo, y que esa gente tenía también derechos legítimos que eran anteriores a los de los judíos emigrados, y que por ello la justicia exigía que los judíos vivieran en paz con sus vecinos en un Estado donde éstos tuvieran exactamente los mismo derechos que los judíos.

Muchos judíos de aquella época eran profundamente escépticos sobre ciertos tipos de nacionalismos modulares europeos que buscaban estados-nación étnicamente puros, así como de aquellos nacionalismos mayoritarios que buscaban privilegios especiales para las mayorías etno-religiosas dentro del territorio de un Estado; el sionismo, precisamente, pertenecía a este tipo de nacionalismos modulares europeos. Sin duda, muchos judíos antisionistas de esa época preveían una comunidad de judíos en Israel/Palestina, pero como un pueblo que no se consideraría a si mismo como occidentales que vivían fuera de Europa, sino como un pueblo que necesitaba una nueva ética de pertenencia, como un nuevo/antiguo pueblo de oriente medio viviendo entre los antiguos habitantes de un territorio.

En resumen, la coexistencia judeo-árabe requería gran moderación en la purificación del propio nacionalismo sionista, para esos recién llegados a una tierra antigua. No un apego y autodefinición en términos de una identidad etno-religiosa primordial, no una impermeable judeidad, sino una existencia moderna que es libremente escogida y que surge del pasado sufrimiento europeo y la presente pertenencia a Asia occidental. Lo que se derivaba de esto era la visión de un Estado multiétnico y laico integrado por judíos, cristianos y musulmanes, con un sistema de gobierno que garantizara que ninguna raza o religión tuviera privilegios - algo así como una casa eternamente abierta: lo que Israel es, y lo que debería ser, lo que puede ser.

El problema reside en eso, y por ello también gran parte de la solución.

⁴ Importante filósofo judío de origen alemán que tras instalarse en palestina encabezó un minúsculo pero prestigioso grupo de intelectuales que abogaban por un Israel binacional.

⁵ Líder indiscutible del movimiento sionista laborista en Palestina, se convirtió en el primer Primer ministro de la recién creada Israel en 1947.

Supongamos, entonces, que la consideración del Islam y el islamismo empieza, no desde pertenencias primordiales y permanentes, sino desde la precariedad de un presente tan privado de justicia laica que uno no encuentra una manera positiva de pertenecer a éste. La absoluta multiplicidad de contextos malignos en los cuales toda clase de tumores cancerígenos se hacen posibles.

Otra manera de decir esto es que cuando los seres humanos tomaron en sus propias manos la labor de administrar los asuntos del mundo material, también reclamaron su capacidad de administrar la justicia, una justicia más completa que la que los diferentes monopolizadores de los libros sagrados ofrecen. El mundo laico debe ser justo dos veces; en términos de lo que él ha definido para sí mismo, y también protegiéndose de la afirmación de que Dios hubiera dado mejor justicia. Esto es decir que el mundo laico debe tener suficiente justicia en él para que no se tenga que invocar constantemente la justicia de Dios contra las injusticias de los profanos. Una política de igualdad radical, por así decirlo.

NOTES

1 en *Le Nouvel Observateur*, 15-21 enero 1998, Brzezinski dice: ‘ El día que los soviéticos oficialmente cruzaron la frontera, escribí al Presidente Carter: Ahora tenemos la oportunidad de endosarle a la URSS su propia guerra del Vietnam... ¿Qué es más importante para la historia del mundo? ¿ los Talibanes o el colapso del imperio soviético? ¿ Unos cuantos alborotadores musulmanes o la liberación de Europa Central y el final de la Guerra Fría?

2 Para una temprana e incisiva reflexión sobre la conexión entre la identidad islámica y las condiciones de la emigración en sociedades de capitalismo avanzado – en este caso Gran Bretaña – ver ‘Prologue: Muslim “Culture” and the European Tribe’, en Aziz al-Azmeh, *Islams and Modernities*, London: Verso, 1992.

3 La traducción del Vaticano del discurso original, ‘Three Stages in the Program of De-Hellenization’ disponible en <http://www.zenit.org>.

4 Ibid. The Qur’an’s injunction ‘There is no compulsion in the faith’ (Surah 2:256) was frequently invoked by eminent Islamic jurists in deciding what rights and protections a Muslim ruler ought to offer to his subjects of other faiths.

5 Citado en ‘Ratzinger on Turkey in EU, European Secularism’, *Catholic World News*, 11 August 2004, disponible en <http://www.cwnews.com>.

6 ‘Three Stages in the Program of De-Hellenization’.

7 Citado en Paul Kokoski, ‘Avoid “Challenge the Church”’, *Catholic New Times*, 1 Diciembre 2002.

8 Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, New York: Simon and Schuster, 1996, pp, 20-21.

9 Ibid., p. 28; see also pp. 36, 46.

10 Ver especialmente Ervand Abrahamian, *Iran between Two Revolutions*, Princeton: Princeton University Press, 1982.